

# SUR

REVISTA MENSUAL

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE  
VICTORIA OCAMPO

MARZO DE 1936

AÑO VI

BUENOS AIRES



# SUMARIO

WALDO FRANK  
*PALABRAS SOBRE SUR*

IGOR STRAWINSKY  
*BEETHOVEN*

EDUARDO MALLEA  
*FRAGMENTOS DE FRANZ KAFKA*

ALBERTO SARTORIS  
*IDEAS A LA SORDINA*

VICENTE HUIDOBRO  
*TRIPTICO A STEPHANE  
MALLARME*

VIRGINIA WOOLF  
*UN CUARTO PROPIO*  
*(Conclusión)*

N O T A S

Para iniciar una sección de crítica, *por Attilio Rossi*; "La estatua casera", *por Jorge Luis Borges*; Los tomates y la luna, *por Lisardo Zia*.



## PALABRAS SOBRE SUR

*Waldo Frank nos envía espontáneamente, para su publicación, estas palabras, que le agradecemos:*

Es en sus comienzos cuando la mayoría de las revistas culturales dan lo mejor de sí, pero, poco a poco, el entusiasmo e ímpetu creador de sus directores languidece y pasados algunos años se necesita una nueva revista que substituya la que ya no cumple su cometido. SUR, por el contrario, desde su aparición, hace cinco años, mejora constantemente. En SUR tanto en el dominio del arte como en el del pensamiento están representados todos los valores importantes modernos de tres continentes. Y sin embargo SUR no es meramente una cosa heterogénea. Tiene personalidad y esa personalidad es argentina. El sello característico de ese extraordinario pequeño grupo de mujeres y hombres que dirigen SUR va estampado en todos sus números. Uno de los aciertos de SUR, que

agradezco particularmente, es el de publicar artículos extensos, salvando así la inevitable falla intelectual en que incurren casi todas las revistas en su afán de brevedad y “variedad” y que sólo consiguen en detrimento de la substancia. Que yo sepa, SUR es la mejor revista mensual, consagrada a fines culturales, en ambas Américas. Nosotros, en los Estados Unidos, con seguridad no tenemos ninguna que se le compare, tanto en orientación como en calidad. La Argentina debiera sentirse orgullosa de SUR y ayudar con entusiasmo una empresa que, a la larga, le dará más prestigio que todo el petróleo y oro del mundo.

*Nueva York, Marzo de 1936*

**WALDO FRANK**

# B E E T H O V E N

*(Las siguientes reflexiones de Igor Strawinsky forman parte de su libro "Nuevas Crónicas de mi Vida", que aparecerá dentro de algunos días editado por SUR).*

Mis conciertos en Bélgica, seguidos en marzo de varios conciertos en Barcelona y en Madrid, marcan, por así decir, el comienzo de mi actividad como ejecutante de mis propias obras. En efecto, durante ese año, recibí una serie de contratos de diferentes ciudades de Europa y Estados Unidos, no solamente para dirigir mis composiciones, sino también para ejecutar mi *Concerto* para piano y orquesta, que acababa de terminar.

A propósito de esto, debo decir que la idea de ejecutar yo mismo mi *Concerto* me fué sugerida por Koussevitzky, que se encontraba precisamente en Biarritz en el momento en que estaba en tren de terminar la composición. Primero vacilé, temiendo no tener bastante tiempo para perfeccionar mi técnica de pianista, entrenarme suficientemente y adquirir la resistencia necesaria para la ejecución de una obra que exigía un esfuerzo continuo. Pero como está un poco en mi naturaleza

arriesgarme por todo esfuerzo mantenido y obstinarme en vencer las dificultades; y como, por otra parte, la perspectiva de poder crear yo mismo mi obra y fijar así mis tendencias en el espíritu de la ejecución me pareció muy atrayente, me decidí a emprender este trabajo a pesar de todo.

Me puse pues, ante todo, a desentumecer los dedos tocando una cantidad de ejercicios de Czerny, lo que no solamente me fué muy útil, sino que me procuró también un verdadero placer musical. Además del notable pedagogo yo siempre he apreciado en Czerny al músico “pur sang”.

Al mismo tiempo que aprendía de memoria la parte de piano de mi *Concerto*, debía acostumbrarme también a tener siempre presentes en el espíritu (oído) las diversas partes de orquesta, a fin de que mi atención no fuese perturbada ni desviada en el momento de la ejecución. Para un novicio, como yo, fué este un trabajo arduo, al que tuve que consagrar bastantes horas todos los días.

Mi primera ejecución pública del *Concerto* tuvo lugar en la Opera de París, en los Conciertos Koussevitzky, el 22 de mayo, ocho días después de haberlo tocado en una reunión íntima en casa de la Princesa de Polignac, conjuntamente con Jean Wiener, que tuvo a su cargo en el piano la parte de acompañamiento de orquesta.

Naturalmente, en mis comienzos como solista de piano tuve el “trac”, y durante mucho tiempo tuve que hacer enormes esfuerzos para vencerlo. Sólo merced al hábito y a un trabajo continuo, llegué con el tiempo a dominar mis nervios y a resistir esta sensación, una de las más angustiosas que conozco. Analizando las causas de este “trac”, constato que provienen sobre todo del temor de una falla en la memoria o de una distracción, aunque sea mínima, pero cuyas consecuencias podrían ser irremediables. Pues la menor laguna, aun la simple vacilación, podrían provocar una discordancia fatal entre el piano y la masa orquestal, la cual, como se sabe, no puede en ningún momento suspender el movimiento de sus partes. Y con este motivo, me acuerdo de que en mi primer debut fui víctima de una falla de memoria que, felizmente, no tuvo mayores consecuencias. Después de haber terminado la primera parte de mi *Concerto*, y debiendo empezar el “Largo”, que comienza con un solo de piano, me apercibí de pronto que había olvidado por completo el principio. Se lo dije en voz baja a Koussevitzky. Echó un vistazo a la partitura y me sopló las primeras notas: esto fué suficiente para reanimarme y hacerme atacar mi “Largo”.

De paso, quiero anotar una escapada que hice a Copenhague, esta ciudad tan alegre en verano, a la que he vuelto

después en varias oportunidades y siempre con el mismo placer. Ejecuté mi concierto en el "Tivoli" durante la estación estival de los conciertos sinfónicos.

Vuelto a Biarritz, tuve que ocuparme de mi traslado, habiendo decidido cambiar nuestra residencia a Niza a causa de los temporales del Océano, muy frecuentes en invierno y que, a la larga, me fatigaban los nervios.

Los últimos meses de mi estada en Biarritz los dediqué a la composición de mi *Sonate pour piano*.

Después del *Octuor* y del *Concerto*, la música puramente instrumental, libre de toda exigencia escénica, continuaba absorbiendo imperiosamente mi interés. Mi trabajo reciente de las partes de piano de mi *Concerto* y de *Noces* había estimulado en mí una viva apetencia por este instrumento. Así, decidí componer una pieza consistente en varios movimientos para piano solo. Fué mi *Sonate*. La denominé así, sin querer en manera alguna darle la forma clásica, tal como la encontramos en Clementi, Haydn y Mozart, y que está, como se sabe, condicionada por su *allegro*. El término *sonata* lo he empleado en su acepción original, como derivado de la palabra *sonare*, en oposición a *cantare*, de donde viene *cantata*. Por consiguiente, al usar este término, no me sentía trabado por la forma consagrada desde fines del siglo XVIII.

Bien que al componer esta obra hubiese decidido conservar toda mi libertad, tuve deseos, en el curso de mi trabajo, de examinar más de cerca las sonatas de los maestros clásicos, a fin de conocer la dirección y el desarrollo de su pensamiento en la solución de los problemas formales.

En esta ocasión volví a tocar, entre otras, un gran número de sonatas de Beethoven. En nuestra temprana juventud se nos había sobresaturado con sus obras, imponiéndosenos al mismo tiempo su famoso *Weltschmerz*, su Tragedia y todos los lugares comunes vertidos desde hace un siglo con respecto a este compositor, obligadamente reconocido como uno de los más grandes genios del universo.

Al igual que otros músicos jóvenes, yo estaba asqueado de esta actitud cerebral y sentimental que muy poca relación tiene con un juicio musical serio. Esta pedagogía deplorable no dejó de dar sus frutos. Me apartó de Beethoven durante largos años.

Curado y madurado con los años, podía ahora abordarlo de una manera objetiva, tanto que se me apareció bajo otro aspecto muy diverso. Ante todo, reconocí en él el soberano incontestable de su instrumento. Es el instrumento el que le inspiraba su pensamiento musical y determinaba la substancia. La relación de los compositores con la materia sonora

puede ser de dos maneras. Unos componen, por ejemplo, una música “para” piano, los otros una música “de” piano. Beethoven pertenecía cabalmente a esta última categoría. En su inmensa obra pianística, es especialmente el aspecto “instrumento” el característico, lo que me lo hace infinitamente valioso. Es el prodigioso “luthiste” el que prima en él y es por esta cualidad que no puede dejar de tener un oído abierto a la música.

Pero, ¿es esta música de Beethoven la que ha inspirado los innumerables trabajos consagrados a este músico prodigioso por pensadores, moralistas y aun sociólogos, convertidos súbitamente en musicógrafos? Es de oportunidad citar el pasaje siguiente, extraído de un artículo del gran diario soviético *Isvestia*: “Beethoven es el contemporáneo y el amigo de la Revolución Francesa, y le ha permanecido fiel aún en momentos de la dictadura jacobina, en los cuales los humanitarios de nervios débiles del tipo de Schiller se apartaban, prefiriendo destruir los tiranos en los escenarios de los teatros mediante espadas de cartón. Beethoven, este plebeyo genial que dió altivamente la espalda a los emperadores, a los príncipes y magnates, he aquí al Beethoven que amamos por su inquebrantable optimismo, por su tristeza viril, por su pa-

tetismo inspirado en su lucha, por su voluntad de hierro que lo ayudó a estrangular al destino”. Esta obra maestra de penetración pertenece a la pluma de uno de los críticos musicales más renombrados de las U. R. S. S. ¡Desearía saber en qué difiere esta mentalidad de las vulgaridades y lugares comunes explayados mucho antes de la revolución rusa por los “pompiers” del liberalismo en todas las democracias burguesas!

No quiero decir que todo lo que se ha escrito sobre Beethoven, en este orden de ideas, sea de la misma calidad, pero en la mayor parte de estas obras, ¿no es sobre las fuentes de su inspiración, más que sobre la música misma, que se basa la exaltación de sus panegiristas? ¿Habrían podido llenar sus gruesos volúmenes si no hubieran tenido la posibilidad de tejer alegremente sobre todos los elementos extra-musicales que presentan la vida y la leyenda de Beethoven, y extraer de ellos sus conclusiones y su juicio sobre el artista?

¡Qué importa que la *Tercera Sinfonía* haya sido inspirada por la figura de Bonaparte republicano o de Napoleón emperador! Lo único que aquí cuenta es la música. Pero hablar de música es una cosa arriesgada y que crea responsabilidades. Entonces, es preferible remitirse a las acotaciones. Es fácil y os puede hacer pasar por un espíritu profundo.

Esto me recuerda un diálogo entre Mallarmé y Degas, que me refirió Paul Valéry. Un día, Degas, que, como se sabe, gustaba “taquiner la muse”, dijo a Mallarmé: “No puedo llegar a terminar mi soneto. Y no son ideas, precisamente, lo que me falta”. Entonces Mallarmé, le respondió suavemente: “No es con ideas que se hacen los versos, sino con palabras”.

Así Beethoven. Es en la alta calidad de su substancia sonora y no en la naturaleza de sus ideas en que reside su verdadera grandeza.

Es tiempo de hacer triunfar este punto de vista, liberar a Beethoven del monopolio injustificable que se han adjudicado sobre él los “intelectuales” y entregarlo a los que no buscan en la música otra cosa que música. Pero, por otra parte, es también tiempo — y quizá más urgente aun — de protegerlo contra la estupidez y la bellaquería de los tontos que, burlándose, se divierten en denigrarlo, creyendo estar muy al día. Tened cuidado ¡Un día pasa pronto!

Como en su obra pianística Beethoven se nutre de su piano, en sus sinfonías, oberturas y música de cámara se alimenta de su conjunto instrumental. En él la instrumentación no es jamás un ropaje y es por ello que no salta a la vista.

La profunda sabiduría con que reparte los papeles a los instrumentos aislados, así como a grupos enteros, el cuidado que pone en su escritura instrumental y la precisión con que indica sus voluntades, todo esto atestigua que estamos en presencia de una fuerza de orden ante todo constructiva.

Yo no creo equivocarme afirmando que es precisamente su manera de modelar la materia sonora la que lo ha llevado, lógicamente, a edificar esas formas monumentales que constituyen su gloria.

Hay gentes que pretenden que Beethoven instrumentaba mal, que su sonoridad es pobre. Otros en cambio procuran ignorar este aspecto de su arte, considerando la instrumentación como una cosa secundaria y no admitiendo más que las "ideas".

Los primeros dan pruebas de una falta de gusto, de una incompetencia absoluta en la materia y de una mentalidad estrecha y malévola. Evidentemente, al lado de la orquestación frondosa de un Wagner, con sus colores abundantes, la instrumentación de Beethoven podrá parecer incolora. Podrá también producir una impresión semejante al lado del inquieto y radiante Mozart. Es que la música de Beethoven estrechamente vinculada a su lenguaje instrumental, ha encontrado en

la sobriedad de este último su expresión más exacta y más perfecta. Carecerá de perspicacia quien vea en ello pobreza. La sobriedad auténtica es la cosa más rara y más difícil de conseguir.

En cuanto a los que no dan importancia a la instrumentación de Beethoven, atribuyendo su grandeza a sus "ideas", consideran, evidentemente, toda instrumentación como un ropaje, un embellecimiento, un condimento, y caen así, aunque por otro camino, en la misma herejía que los primeros.

Unos y otros cometen el error fundamental de considerar la instrumentación como cosa aparte de la música que constituye su objeto.

Este peligroso punto de vista sobre la instrumentación, unido a una malsana avidez por la opulencia orquestal de nuestros días ha falseado el juicio del público, el cual, impresionado por el efecto inmediato de la sonoridad, no sabe ya si esta última forma parte de la música misma, o si es simplemente "chiqué". La orquestación se ha vuelto una fuente de placer independiente de la música. Sería tiempo de poner las cosas en su lugar. Estamos hartos del pintarrajeo orquestal y de las sonoridades pesadas; estamos cansados de saturarnos de timbres, no queremos más esta sobrealimentación que deforma la naturaleza del elemento instrumental, inflándolo des-

mesuradamente y transformándolo en una “cosa en sí”. Aquí hay todo un trabajo de reeducación por hacer.

Todas estas ideas germinaron en mí cuando retomé contacto con Beethoven en la época en que componía mi *Sonata*. Después no hicieron más que desarrollarse y hasta ahora han ocupado persistentemente mi espíritu.

*Paris, Diciembre de 1935*

**IGOR STRAWINSKY**

## FRAGMENTOS DE FRANZ KAFKA

*Siempre ha sido para mí Franz Kafka el hombre en quien se han dado potencialmente la calidad, el sueño, el laberinto del escritor más original de nuestro tiempo. Cuando entré en sus libros lo hice crecientemente aterrado, porque los hombres tenemos miedo de todo aquello — palabras, sentimientos, evidencias — que no hemos construído a nuestra imagen y semejanza. Y he aquí que, literalmente, nuestra imagen, nuestra familiar semejanza son falsas. Sólo lo que nos es extraño es verdadero porque no ha sido todavía tocado por el juicio de nuestra acomodable inteligencia.*

*Después, sacudido, establecí permanencia en ese dominio donde primaba una temperatura extremadamente cruda, donde corría un terrible soplo de miseria heroica y de ignominiosa grandeza. Los ojos de Kafka jugaban con las tinieblas y entraban por las vetas abiertas en la tierra, sin pavor. Su concepción del mundo, tan vasta como completa, participaba de lo*

*obvio, lo críptico, lo feroz, lo amable, lo real, lo onírico, lo oscuro, lo misterioso con igual lucidez obsesa. ¡Qué universo de alusiones, implicaciones, revelaciones, mensajes! Y qué dureza de espíritu la que mantenía aun al sueño, como en la amenaza profética: pesado, contado, dividido.*

*De la traducción que tengo en obra de un libro de Kafka arranco para los lectores de SUR estas hojas, que no lo muestran sino pálidamente, pero a cuya brevedad debo atender ante todo por fuerza de las circunstancias.*

*E. M.*

### PEQUEÑA FABULA

“Caramba”, dijo la laucha, “el mundo cada día se achica más. Al principio era tan grande que me ponía miedo; yo corría y corría; y me alegraba cuando al fin veía paredes lejanas a derecha e izquierda; pero estas paredes se han estrechado tan rápidamente que ya estoy en el último cuarto, y ahí en el rincón está la trampa en que debo caer”. “No tienes más que cambiar de dirección”, le dijo el gato, y se la tragó.

## SOBRE PARABOLAS

Muchos se quejan de que las palabras del discreto sean siempre meras parábolas y sin uso alguno en la vida diaria, que es la sola vida que tenemos. Cuando el discreto dice: “Vé más allá” no quiere significar que debemos cruzar a ningún lugar actual, cosa que podríamos hacer si el trabajo valiera la pena; alude a algún fabuloso más allá, a algo desconocido para nosotros, a algo que él no puede designar con más precisión, y por consiguiente no puede ayudarnos, aquí, en lo más mínimo. Todas esas parábolas vienen a querer decir, meramente, que lo incomprensible es incomprensible, y eso lo sabíamos ya. Pero los cuidados con que tenemos que luchar cada día, ya es asunto diferente.

Refiriéndose a esto dijo un hombre una vez: ¿A qué tantos reparos? Con sólo seguir las parábolas ustedes mismos se volverían parábolas librándose así de todos los diarios cuidados.

Otro dijo: Apuesto a que eso es otra parábola.

El primero dijo: Ha ganado usted.

El segundo dijo: Pero afortunadamente sólo en parábola.

El primero dijo: No, en la realidad: en parábola ha perdido.

## LA VERDAD SOBRE SANCHO PANZA

Sin incurrir en la menor jactancia, Sancho Panza logró con el transcurso de los años, en mérito a haber devorado noche y día gran número de novelas de caballería y aventura, separarse en forma tal de su demonio interior, al que después llamó Don Quijote, que su demonio se lanzó en consecuencia con perfecta libertad a las más locas hazañas, las cuales, con todo, por falta de un objeto predeterminado, que debía haber sido el propio Sancho Panza, no hicieron daño a nadie. Hombre libre ya, Sancho Panza siguió filosóficamente a Don Quijote en sus cruzadas, desprovisto tal vez de cualquier sentimiento de responsabilidad, y obtuvo de ellas grande y edificante entretenimiento hasta el fin de sus días.

## EL LLAMADO A LA PUERTA DEL CASTILLO

Era en verano, un día caluroso. Con mi hermana pasaba yo por la puerta de un castillo camino de nuestra casa. No puedo decir ahora si ella golpeó en la puerta por travesura o por distracción, o si meramente hizo el gesto con la mano y no llamó. Un centenar de pasos más adelante, sobre el camino, que doblaba hacia la izquierda, comenzaba la aldea.

Apenas la conocíamos, pero no habíamos hecho sino pasar la primera casa cuando aparecieron gentes haciéndonos signos amistosos o de amenaza; ellos mismos estaban aparentemente aterrorizados, se inclinaban con terror. Señalaban hacia el castillo por donde habíamos pasado y nos recordaban el llamado a la puerta. El propietario del castillo nos entablaría acusación por ello, el interrogatorio empezaría en el acto. Permanecí totalmente tranquilo y traté de calmar los temores de mi hermana. Probablemente no había llamado a la puerta, y si lo hizo nadie podría probarlo nunca. Traté de aclarar esto a la gente que nos rodeaba; me escucharon pero se abstuvieron de aventurar opinión alguna. Más tarde me dijeron que no sólo mi hermana, sino también yo, iba a ser acusado en calidad de hermano mayor. Hice un signo afirmativo con la cabeza y sonreí. Nos volvimos todos para mirar el castillo, como se mira una distante nube de humo a la espera de que aparezcan las llamas. Y vimos realmente, en el acto, caballeros que cabalgaban entrando por la ancha puerta abierta. Una polvareda se levantó, ocultándolo todo; sólo las puntas de las lanzas relucían. Y apenas acababa de desvanecerse la tropa en el patio del castillo cuando ya parecían haber vuelto de nuevo sus cabalgaduras, pues venían camino a nosotros. Me apresuré a pedirle a mi hermana que

me dejara; yo mismo lo arreglaría todo perfectamente. Se negó a dejarme. Le dije que debía al menos cambiarse ropa, con el objeto de aparecer con mejor aspecto ante estos caballeros. Al fin ella obedeció y echó a andar por el largo camino hacia nuestra casa. Ya los caballeros estaban a nuestro lado y aun antes de desmontar preguntaron por mi hermana. Ella no estaba allí por el momento — fué la aprensiva réplica — pero volvería más tarde. La respuesta fué recibida con indiferencia; haberme encontrado a mí parecía lo importante. Aparentaban ser los jefes de la partida un hombrecillo vivaracho y joven, que era juez, y su ayudante, que se llamaba Asnón. Me ordenaron que entrara en la hostería de la aldea. Meneando la cabeza y ajustándome los pantalones, comencé despacio mi declaración, mientras me escrutaban los ojos penetrantes de la partida. Yo seguía medio creyendo que bastaría una palabra para librarme, a mí, hombre de la ciudad, y hasta con honor, de estos paisanos. Pero cuando hube franqueado el umbral de la hostería, el juez, que se había precipitado a la delantera y estaba ya esperándome, dijo: “Verdaderamente, lo siento por este hombre”. Y estaba fuera de toda posibilidad de duda que con eso no quiso referirse a mi presente estado, sino a algo que iba a pasarme. La habitación se parecía más a una celda de cárcel que a un salón de hostería. Grandes losas de

pedra en el suelo, sombríos, lisos muros, en uno de los cuales había incrustada una argolla de hierro; en el centro algo que parecía por un lado una camilla, por otro una mesa de operaciones.

¿Podría soportar yo ahora otro aire que el aire de la cárcel? Tal es la gran cuestión, o mejor dicho lo sería, si tuviera alguna perspectiva de salir en libertad.

### A F O R I S M O S

Una jaula fué en busca de un pájaro.

\* \* \*

Como un camino en otoño: apenas se le ha barrido cuando ya está de nuevo cubierto de hojas muertas.

\* \* \*

No dejes al Maligno persuadirte de que puedes tener secretos para él.

\* \* \*

Los mártires no desestiman el cuerpo; lo destinan a ser elevado en la cruz. En eso son todo uno con sus enemigos.

\* \* \*

Antes yo no podía comprender por qué no recibía contestación a mis preguntas; hoy no puedo comprender cómo pude

haber creído que podía preguntar. Pero en verdad no creía, sencillamente preguntaba.

\* \* \*

Os habéis pertrechado ridículamente para este mundo.

\* \* \*

La fe en el progreso no quiere decir la fe en que el progreso se haya hecho. Tal cosa no sería fe.

\* \* \*

Interrogáos sobre la humanidad. Lleva al dudoso a dudar, al creyente a creer.

\* \* \*

La verdad es indivisible, por consiguiente no puede conocerse a sí misma; el hombre que desea conocerla debe ser falso.

\* \* \*

Conocimiento de lo diabólico puede haber, pero no creencia en ello, porque algo más diabólico que tal no podría existir.

\* \* \*

No existe más que un mundo espiritual; lo que llamamos mundo físico no es más que el mal instalado en el mundo espiritual, y lo que llamamos mal no es más que un momento necesario en nuestro incesante desarrollo.

\* \* \*

La mediación de la serpiente fué necesaria: el Mal puede seducir a los hombres, pero no puede volverse hombre.

\* \* \*

En la lucha entre tú y el mundo vuélvele la espalda al mundo.

\* \* \*

El momento decisivo en el desarrollo de la humanidad es continuo. Por esta razón los movimientos revolucionarios que declaran nulo y vacío todo lo que los ha precedido están en lo cierto, porque nada ha sucedido todavía.

\* \* \*

Primer signo del conocimiento naciente es el deseo de morir. La vida aparece improlongable; todo lo demás, inalcanzable. Uno deja de avergonzarse de desear morir; uno ruega ser conducido desde la vieja celda que odia hacia la nueva que tiene todavía que odiar. Reposo en esto un asomo de la esperanza de que, durante el traslado, el Maestro pueda acertar a caminar por el corredor, mirar al preso, y decir: "No debéis encerrar otra vez a éste. Ha de venir a mí".

*EDUARDO MALLEA*

# IDEAS A LA SORDINA

*A Eduardo Mallea, cuyo espíritu agudo no insensibiliza el corazón.*

Un país vale no por la dicha sino por la nostalgia que nos llevamos de él. Y si obrásemos por juicio absoluto, retornaríamos siempre al país cuyo sentido secreto fuera más evidente, cuya eficacia sensual personalizara mejor sus medios. Pero investir a la pasión con tal halagüeño atributo sería lo mismo que decir que sus posibilidades sensuales fueran el grado más alto de una armonía real y preestablecida, cuya profundidad habría que medir bien, para tender entre lo sensual y lo nostálgico un puente que una las reminiscencias ópticas e imaginativas que por sobre todo sirven para comprender un país nuevo.

Desde ya no puedo representarme la Argentina sino empezando por las formas y bellezas de los seres que pueblan Buenos Aires, y quiero decir formas y bellezas en su expresión más cabal, la de la inteligencia natural, pues para penetrar todo el espíritu de la urbe habría que poner en juego los resortes íntimos de sus diversos ambientes, conviviendo con su pensar. Aquí se revela entero el drama del conocimiento: obrar rápido para captar mejor, y que la reflexión sea la sordina que suaviza la cuerda sentimental.

Por este breve preámbulo puede deducirse que invalido en mí todo propósito tendiente a abarcar el efecto capitoso de una nación, por la sola importancia de sus instituciones. Hay que complacerse

muy en lo hondo de la herejía antisocial, para no creer que sólo la fe, y la intención de esta fe, cuentan exclusivamente en la elaboración de estas instituciones y en el cumplimiento de sus prodigios. Porque las instituciones de un pueblo son en verdad prodigiosas y terribles: pueden a la vez aniquilarlo o levantarlo. Siendo el oro en sí mismo una impostura, una nación rica únicamente en este capital, con el que colmara las lagunas de su vida privada y pública, carecería de ese soplo de nobleza que ha de caracterizar toda institución, aun la más pobre y modesta, y que da la verdadera envergadura a la actividad social basada en la inteligencia del realismo mágico.

Este último espíritu, quizá en estado embrionario, lo encontré en la Argentina; y, quiérase o no, es una de las conquistas personales de que me enorgullezco más y que no puedo prescindir de realizar. Sí; éste espíritu singular y potente, lo encontré en cierta clase social muy elevada tanto como en alguna muy inferior; y sólo poseyendo una muy inocente inconsciencia podría hacerme desistir de esta aprobación que expresa una mentalidad muy clara y neta. Mas en cuanto a hacerme aceptar en total ciertas teorías extremistas por pobreza de ideas, traídas frescas de Europa o de Oriente, jamás, pues estas soluciones ocupan —por desgracia— la zona intermedia. ¡Oh paradoja! Lo que es extremo en otras partes se hace centro trivial en la Argentina.

De lo que adolece este centro inútil y descolorido es de su falta de acomodación al país, al espíritu regional, y es sobre todo por no haber sabido fijar el volante en el eje que domina toda rebelión, sea ella de orden estructural, sentimental, político o de otra índole.

Sin arriesgar, por nada del mundo, un juicio temerario o simplemente ridículo, tengo la firme convicción que esta ruta divergente que conduce a los dos verdaderos polos opuestos de la Argentina — y que cierra el circuito sobre Buenos Aires, — tiene como punto inicial el

puerto donde el vapor nos deja. Si al principio uno marra el preludio real de toda la iniciación, no hay nada que hacerle: ni veinte años de residencia allí nos harán comprender mejor dos días provechosamente empleados.

Contra mi poca suerte en los negocios, siempre tuve como venganza personal la incompatible ventaja de embocar de inmediato el verdadero cielo. Es una tremenda condición de la que uno no puede jactarse. He aquí lo que permite a uno errar libre y suelto por los crueles meandros de la vida sin perderse, y encontrar, en cada nuevo país, lo humano correspondiente que ha buscado y concebido desde lejos. Por una ley de equilibrio, hay en cada ciudad, en cada región, en cada país, algunos ejemplares idénticos, en fecundidad curiosa y en comprensión universal, que se hacen nuestros amigos, y en esto se asemejan en modo sorprendente a nuestros otros amigos, a nuestros otros guías. Si pertenecéis al reducido número a que aludo, los hallaréis doquier: son los tenues hilos de la armonía sutil, los únicos lazos de vuestras pasiones. Encontráis los mismo ojos, pero en órbitas diferentes, la misma boca pero en otro rostro, la misma sonrisa pero en otra expresión. Son ellos los que os darán la clave de todo el misterio. Quizá no tengáis parte en ello, pero obedecéis, por necesidad contextual, sus impulsos propios.

Por oposición estética, los cuerpos no se parecen nunca por entero, pero os inoculan ese sentido secreto del amor universal que os facilita esos elementos reveladores casi siempre ocultos del alma nacional.

Hay que descubrir la Argentina por el perfil de un rostro, por la inteligencia de una nariz, por todos esos imponderables valores táctiles que os darán la pauta con que deséais obrar. Seguid todo ello, como arrobados, y llegaréis en pleno a los dos extremos tan próximos en la Argentina. Pero evitad en lo posible ese horrendo centro que reúne

todo aquello de que habéis huido en otras partes, ese centro — como un cartelón comercial — os propone ideas sin base, ideas que pueden parecer nuevas por su indiferencia congénita, pero que ocultan una trampa real, una trampa sin dicha: el hastío de cierto pedantismo europeo y oriental que habéis execrado, ya sea de derecha o de izquierda.

Es, como por una plegaria, por la poesía que mana del alma de un país, que se alcanza mejor, lo más fríamente, lo más racionalmente sin duda, pues hay en tal frialdad creadora un sentido profundísimo de lo grande. Es por la fuerza de la vena poética de un pueblo (siendo la poesía: humana), que se llega a su comprensión sin leerla en sus instituciones fugaces: el pan primero, el alfabeto después, se ha dicho bien.

Este programa innato del equilibrio humano, que sólo la poesía natural puede ofrecer, lo encontré en una fase muy interesante en la Argentina: pronto a florecer, pronto a ser fecundado de nuevo. Pero que no vengan a destruirlo por las mendaces promesas de áridas proposiciones científicas y materialistas (en este caso la rebelión armada más sanguinaria es un deber); que más bien se le canalice, que se le confiera la dignidad, la humanidad, que se lo haga flexible por la bondad. Desde el punto de vista social sería un buen éxito, tanto más porque en política científica  $2 \times 2$  no son nunca 4. Desarrollar la grandeza de lo patético humano: he aquí el progreso primordial del alma argentina, de la sangre argentina.

En la Argentina, lo patético es turbador, desgarrador, nunca melindroso. Vívase, pues, por ejemplo, a través de todas las ricas fibras de un tango, trátase de aprehenderle toda su ávida profundidad, y estimo que el sentimentalismo conformista (que el turista nórdico atrae hacia sí por atavismo, y cuya explotación comercial mantiene ofensi-

vamente), que ese sentimentalismo será evitado como es debido, con un admirable golpe de riñones que valdrá más que un trompis a la cara. Un erguirse castizo que no deje huella palpable, pero envenenando mejor, pues es necesario que lo patético roa, leve y secreto, el alma y le deje el solo signo que se espera de él: la marca invisible de un bello veneno incoloro. Contrariamente al sentimentalismo que afecta una sensibilidad novelesca y viscosa, que se atribuye sin razón a ciertos pueblos latinos, lo patético argentino encierra una suma de grandeza que altera las funciones de la sensibilidad, pero que no las destruye: sólo les modifica su alcance y les cambia su dirección.

El tango no es la cosa esencial, evidentemente, pero posee esa cualidad de intrasigencia que tiene en Italia, por ejemplo, el sentido doloroso de la amistad. Hecho que solidariza una poesía intensa, a la vez ponderada y optimista, de adaptación a las exigencias de un país. Una especie de pudor nacional reservado al elegido. Una posibilidad inaudita de desarrollo, en correlación con la ética social. Pero que se me entienda bien: no se trata en modo alguno de exaltar lo lánguido o lo lascivo (sería demasiado fácil y poco prometedor), sino de defender esa virilidad casi afeminada, y a veces quebrantada por lo difícil del camino, que nos revela una Argentina tenebrosa; llena de peligros ignotos, de futuros recursos cuya esperanza no es la menor virtud nacional. Son las zonas francas de una reconvención que nos demanda sinceridad introspectiva, la que nos muestra luego cómo nuestro natural sentimiento se identifica con ese correspondiente universal y humano que necesitamos para tener la certidumbre de que hemos poseído un nuevo país. Esta certidumbre os la da la Argentina en modo amplio, gracias a esa facilidad y a esa cortesía de fondo con que nos acoge y guía nuestros pasos. ¿Pero cómo sentir el efecto de esta adivinación visual sin participar, en comunión, con los peligros de

tal aventura? Se puede salir de esa experiencia magullado por haber aprendido demasiado o más aún, por no haber padecido nada, dándolo todo de sí mismo. Magullado por haber adquirido esa noción nueva de una nostalgia profunda y sin remisión que dan, por ejemplo, ciertas magníficas páginas de Blaise Cendrars comentando los mares del Sur. Más profundamente magullado, aún, por haber pasado a través de todas las mallas del país sin poder tomar contacto con su esencia, cuando los máximos esfuerzos en este sentido no demostraron ninguna “posesión del ritmo”.

Es por medio de las cosas insignificantes, menudas, de la existencia que se captan desde un principio mejor los grandes engranajes de un pueblo, las fases de su salud moral, los impulsos de su espíritu de sacrificio. Así el estudio adentrado de una nación como la Argentina podría incluir — como corolario espectacular — capítulos muy extensos concebidos como las proposiciones siguientes: “a la preferida”, “cómo mondar una naranja”, “anacronismo 1900” o “¿por qué no circulan con pies de plomo?” y otros títulos de canciones y refranes, etc.

Otra cosa sorprendente: la exuberancia. Todo país que no la posee en permanencia (yo diría: hasta en epidemia), está condenado a la deficiencia intelectual, que las naciones latinas han podido evitar hasta hoy. Mientras que en Europa la exuberancia es muy a menudo de orden “horizontal”, es decir, en mangas de camisa, en la Argentina (hecho capital), es exclusivamente “vertical”, como el cenit. Y se comprueba esto con tal vivacidad con el entero ser con que uno se entrega alegremente a sus peores consecuencias. La exuberancia “vertical” se inserta en los menores detalles de la vida, dándole ese gusto amargo del “retorno” que fortifica siempre nuestro bienestar mental.

Si se golpea sobre un cuerpo vacío, resuena lo hueco en seguida, sin remisión. En América del Sur, y especialmente en la Argentina,

como el cuerpo está vivo, suena pesado, como sonarían magníficos párpados demasiado pesados. ¡Cuánta esperanza hay en esta minúscula comprobación! ¡Y cuán lógicamente el artificio viene a excluirse de sí mismo!

¡Ah! el hombre puede estar orgulloso de haber creado la avaricia, si por contraste ha podido concebir la generosidad. En la Argentina, a pesar vuestro, y contra la misma voluntad de su gente, ella os estorba casi de continuo; la pisoteáis como a yuyos. Este signo que viene de la ternura de seres que se olvidan de sí mismos por supergenerosidad cerebral, les hace omitir que la poseen en muy alto grado. Pero ese es un sentimiento que hay que conservar intacto, por temor de que se mezcle el interés físico a un sabor tan natural. Por eso parece casi inútil desentrañar su alcance.

Qué impresión turbadora, sin embargo, para el que llega flamante como bella moneda virgen de manipuleos. De la generosidad considerada como una forma tradicional de expresión social, he ahí otro posible estudio sobre la Argentina, cuyos contornos serían más accesibles para el autor que para los seres que hicieron el gasto involuntario.

Temamos los ataques desconsiderados de la indigencia intelectual y no permitamos malentendidos. Si la Argentina, además de sus cualidades, sobrelleva también sus defectos (el equilibrio perfecto sin algunas contradicciones puede confinar a veces con la molicie decadente), no establecemos los orígenes de éstos, pues rebalsaríamos los medios del presente estudio: eso lo afrontaremos más tarde, en ocasión de un análisis más completo. Por el momento, sólo el aspecto fatalmente progresivo de este país nos preocupa, y en consecuencia hemos ensayado extraer algunas de las nociones esenciales y complementarias. Por otra parte, desaprobamos francamente al que hastía su público por fijar una verdad, por grande y dura que sea.

Como la generosidad no excluye los celos, en el caso contrario se la definiría con el refrán: “anda que te empujo”. El argentino es celoso por el solo hecho de su generosidad y de su falta de desconfianza hacia el extranjero, lo que acentúa su cordialidad hasta la munificencia. Este complicado aparato es una cuenta más en el rosario de los placeres audaces. Y qué forma de hechizo toman, cuando de lo general se pasa a lo particular: es para tentar al más indiferente de los hombres, al más decepcionado, al más incapaz de valentía secreta. No es esto una debilidad, bien al contrario, es una singular atracción de tentar la fortuna. Una conquista sobre lo arbitrario no valdría más.

Como el empuje natural de la savia facilita los intercambios, favorece lógicamente la selección de materias útiles. Y es esta otra característica evidente de este país encantador, para quien sabe ver por la punta acerada de la ironía y no por el lado “colosal” y dogmático.

Aunque deba luchar contra la uniformidad (sin duda, a causa de la geografía) la Argentina podrá alcanzar su plenitud consciente cuando, al precio de los más duros sufrimientos, haya adquirido el sentido de la diversidad proveniente de la madurez de una tradición que ciertamente está formándose. Pero no nos precipitemos hacia esa madurez. La tradición, que el Occidente detenta después de siglos de civilización, se modeló por medio de innúmeros errores e innúmeras virtudes.

El espíritu totalizador de la juventud puede suplir en parte a este desacuíne, a esta falta de tradición completa, y una Argentina que absorba — a través del filtro de su clima y de su ambiente más verdaderos — los datos virtuales de una tradición de los elementos rápidos, forzosamente de reciente importación, podría representar un interés primordial para el porvenir inmediato de la América del Sur.

Personalmente, yo aprobaría, de preferencia, una semilla revivificada que haya dado ya en parte buenos frutos, pruebas de traspo-

sición notorias, más bien que la semilla de una problemática experiencia que hace tabla rasa de las nociones elementales que siempre serán, quiérase o no, la base de todo progreso social. Es decir, la inteligencia al servicio del bien común, pero de un bien más espiritual que material (este último entrando menos en cuenta que en Europa, donde todo se codea, se entreteje, se aplasta), una especie de felicidad del "horizonte". Pero para ello, ¡cuántos escollos que evitar, cuántos vacíos que llenar, cuántas emboscadas, cuántos callejones sin salida habrá que encontrar!

Así se condensaría el espíritu del sur, de la latinidad en fuerza apuntando al ecuador para reunirse a la otra: la mediterránea.

No sometiéndonos a la actitud sistematizadora que hace de un placer un deber, hemos creído desentrañar en la Argentina una cualidad muy particular de libertad sin prejuicios paradójales (en la Argentina el placer es una dicha, un contentamiento — el placer es un placer, — mientras que el deber es una orden categórica — el deber es un deber, — pero uno de ellos no lo es nunca sin el otro, o inversamente). Una libertad toda de superficies, sin duda, libertad fácil de sobrellevar, y cuyos efectos naturalmente agradables, apenas acaricia la piel. Libertad que os despersonaliza a veces un individuo por reacción, arrojándolo desnudo ante su propio espejo. Entonces hay que elegir entre la confusión, el desorden y el equilibrio creador. ¡Y cuidado con el viraje engañoso, con el espejismo sin alba!

Que esta libertad no infrinja la disciplina, que sea simplemente el estímulo de las leyes que ella reclama, y creeremos de buena gana en las aplicaciones morales y sociales que se seguirán de ahí.

El argentino que no abuse, por decirlo así, jamás, de las graves consecuencias de esta salida en aguas hondas sin sombra de apoyo, difícilmente puede concebir que en Europa este control propio del

individuo abandonado a sí mismo esté, en cierto modo, fuera de la ley, por salvar un orden y un equilibrio social que cesaron hace ya mucho tiempo. Esta libertad bien meridional de la América del Sur es más bien un aguijón que una traba, y admitiríamos difícilmente, nosotros occidentales, que se la quiera transformar, aunque sea por una netísima idea de rehabilitación. Sin embargo, tarde o temprano, habrá que ennoblecerla para conservarle sus cualidades intrínsecas, habrá que codificarla en flexibilidad para que acompañe su propia reforma y no sea el comentario brutal de la anarquía. Pero son estos problemas todavía dudosos, instruidos de armonías demasiado sabias, desde que la crisis general de confianza llevó hasta ellos estos perfumes deletéreos.

Me gusta creer que el espíritu argentino al que saludo como un comienzo de renuevo primaveral, obligará al individuo a tener menos dureza inconsciente, y a más valiente misericordia hacia los olvidados, los perdidos y los descastados. Envidio al pueblo argentino en quien se afirma, insensible e imperceptiblemente, esta misión severa, ante los amenazantes errores de un universo entregado a la locura.

*Château de Glerolles, Suiza, febrero de 1936.*

**ALBERTO SARTORIS**

## TRIPTICO A STEPHANE MALLARME

*Tu dura gracia tu sombra con su constelación  
Y allí bajo el árbol de atmósfera nocturna  
Escapada celeste*

*Brillando cantando subiendo latiendo  
Sin posible olvido o negligencia de fuego  
Gracia de la gracia y fuerza de la fuerza  
Sideral como las altas leyes  
Como el acaso preparado por el alma  
Y el naufragio deseado en la amargura*

*Todo verso implica su destino  
La ausencia lo ignora o no lo tiene  
Pero el árbol vacío y la ola vacía  
Es la sombra de su propio fantasma de infinito*

*Toda idea lleva un azar  
Que la gracia no tuerce y no salva*

*Ni los bríos perdurables desorienta  
Vuela la hoja al horizonte  
O cae o sube de su yo a otros elementos  
Tiene su viento sus abismos sus cumbres enardecidas  
Hace selvas o ríos  
Distancias y estrellas evidentes  
Impone su tiempo y sus ruidos  
También la muerte bajo su vértigo*

*Arrecife batido de relámpagos  
¿Es el mar enemigo del cielo  
O es el cielo que se defiende de los astros?*

*Cometas de pura alma en el viento  
Qué signo queréis incorporararnos  
Distancias desesperadas  
Qué vais a realizar en mi pecho sumergido*

*Silencio del silencio  
Marca del heroísmo sobre el tiempo obsesionado*

II

*Yo conozco el vacío y conozco la nada  
También conozco el absoluto  
Y su acento especial  
Mas cabe siempre preguntar al infinito persistente  
Si la razón es ruido de locura  
O la locura ruido de razón*

*Están abiertas las ventanas como extremos del mundo  
Y yo soy el naufragio en el misterio  
Soy tierra hacia el espacio  
Como náufrago al menos toco la realidad  
Mi espíritu se hace materia y aventura de la luz  
¡Soy náufrago! ¡Soy náufrago!*

*El acto me construye  
Ya puedo cerrar las puertas y los grandes extremos  
Y hundirme en mi palabra  
Soy tierra inmemorial y realizándose lenta  
En su segura entraña sorpresiva  
Soy la sonrisa abierta sobre los destinos  
Y la tumba que va a hacerme materia*

*Como raíz de eternidad o tema de los hombres*  
*Canto de ausencia de mí mismo*  
*Explorador de la célebre noche*

*Y si fuera verdad que lo finito termina en infinito*  
*O por lo menos por lo menos*  
*Que siguiera en sonido por las sombras suavizadas*  
*O por lo menos por lo menos*  
*Que se nos deje continuar en una vaga ondulación*  
*O por lo menos por lo menos...*  
*Nada nada*

*Detención en la marcha*  
*El futuro madura se hace pesado y cae de la rama*  
*Horrible explorador*  
*Explorador de ambiguas sombras*  
*Entre medidas sin medida y tinieblas suspensas*  
*Canto de lo que se fué cayendo mundo a mundo*  
*Por los astros perdidos*  
*Estado sin contacto de armonías ni plumaje*  
*Todo lo que me separa de la vida*

*Un momento esperad un momento*  
*No hay astros en la prueba*

No hay selvas ni montañas en esta aventura  
Un momento entre tantos ojos olvidados  
Voy a leer mis últimas palabras a la noche  
Voy a leer la profecía de mis células que te saludan por todos  
lados  
Voy a leerme al infinito

III

Al fondo de las cosas mi espíritu solloza  
Se debate en las olas y afirma su presencia  
Junto a las últimas raíces escapo a mis fantasmas  
Y empiezo a ser hondo como todas las lágrimas del mundo

Traductor de los astros  
En un cambio recíproco de alturas  
Infinidad desesperante del espacio  
Y acaso  
Recuerdo de ser hombre en el no ser  
Y también  
Pensar en no ser cuando se es y se toca nuestras sombras  
Estoy siendo una vida más grande que la muerte

*Mi presente va haciéndose pasado como una costumbre del  
tiempo que ya no lucha más  
Voy por mi fantasma en mi quimera  
Amoblando de mí el aire amargo  
Soy unos cuantos minutos sorprendidos y hechos propios  
Soy unos años para que el sueño sueñe  
Y los gestos tengan manos  
Y los sonidos garganta cálida*

*El hombre va a expirar en sí mismo  
Frente a su eternidad creada en múltiples imágenes  
Extinguiendo sus olas en sus olas  
Sin más ruido de paso ni de luz  
El árbol muere en el árbol  
Bajo su pasado y sus rumores  
Huésped fué de sus cantos  
Y nosotros fuimos visitante y huésped  
Preparando las alas y midiendo nuestro peso*

*Si la punta del árbol fuera la puerta del sepulcro  
Con sus huracanes al borde de la eternidad  
Sus grandes tempestades detrás de los batientes  
Pero cómo cómo creerlo*

*La cerradura de la bruma  
No hace entrega del secreto ni se rinde nunca  
Y el sueño es tan pesado  
Hay tanto indicio en el viento  
Tanta fatiga en la semilla de mañanas  
Mas la ilusión de mi sombra se insinúa en su vuelo*

*Soy el sepulcro hinchado de mis horas  
Soy el siempre y el nunca  
Poeta desde el fondo de tu naufragio  
Saludaré tu naufragio poeta  
Y leeré a los tiempos tu poema  
Tu gran poema con un borde de fuego arrepentido  
Tus secretos siguen su destino  
Maestro del abismo y de las naves olvidadas  
Oye el saludo del horizonte al horizonte*

*Es la muerte que se hace más grande que la vida  
Al llevarse a un hombre de tan hondo universo*

VICENTE HUIDOBRO

# UN CUARTO PROPIO

*(Conclusión)*

## CAPITULO V

Yo había llegado al fin, en el curso de esta divagación, a los estantes de libros de autores vivos; de mujeres y de hombres; porque ahora hay casi tantos libros escritos por mujeres como por hombres. O si esto no es toda la verdad, si el sexo masculino es todavía el sexo locuaz, lo cierto es que las mujeres ya no escriben sólo novelas. Ahí están los libros de Jane Harrison sobre arqueología griega; los de estética de Vernon Lee; los de Gertrude Bell sobre Persia. Hay libros sobre todos los temas que ninguna mujer de la generación anterior se hubiera animado a abordar. Hay poemas y dramas y críticas; hay historias y biografías, libros de viajes y libros de erudición y de investigación; hay hasta unos cuantos de filosofía y libros de ciencias y de economía. Y aunque predominan las novelas, las novelas mismas pueden muy bien haber cambiado de tanto convivir con los libros de otro carácter. La natural simplicidad, la edad épica de la escritura, puede haber pasado. La lectura y la crítica puede haberles dado más vasto alcance, una sutileza mayor. El impulso hacia la autobiografía puede haberse agotado. Puede estar empezando a emplear la escritura como un arte, no como un instrumento de auto expresión. Entre esas novelas nuevas uno bien puede hallar la respuesta a tales preguntas.

Tomé una de ellas al azar. Estaba en el extremo del estante y se llamaba *Life's Adventure*, o algo por el estilo, por Mary Carmichael, y se había publicado en este mismo mes de octubre. Parece su primer libro, me dije. Pero uno debe leerlo como si fuera el último tomo de una serie bastante larga, una continuación de todos esos libros que había estado hojeando — los poemas de Lady Winchilsea, las comedias de Aphra Behn y las novelas de las cuatro grandes novelistas. Porque los libros son la continuación unos de otros a pesar de nuestra costumbre de juzgarlos por separado. Y debo también considerarla — a esta mujer desconocida — como la descendiente de todas esas otras mujeres cuyas circunstancias he estado estudiando y ver lo que ella hereda de sus características y restricciones. Así, con un suspiro, porque las novelas son tan a menudo un sedante y no un estimulante, y la sumen a uno en sueños pesados en vez de despertarla con una antorcha encendida, me senté con un libro de apuntes y un lápiz para sacar en limpio lo que pudiera de la primera novela de Mary Carmichael, *Life's Adventure*.

Para empezar, recorrí con la vista la página de arriba abajo. Voy a atrapar primero el ritmo de sus frases, me dije, antes de cargar la memoria con ojos azules y negros y con las relaciones posibles entre Chloe y Roger. Será tiempo cuando haya decidido si tiene en la mano una pluma o una piqueta.

Probé una o dos frases con la lengua. Pronto se evidenció que algo no funcionaba del todo bien. El suave deslizamiento de una frase después de la otra quedaba interrumpido; algo atormentaba, algo arañaba; una sola palabra aquí y allá me deslumbraba los ojos con su antorcha. Era “desmañada” como decían en las comedias antiguas. Era como una persona raspando un fósforo que no se enciende. ¿Pero por qué, le pregunté, como si estuviera presente, por qué no son las frases de Jane Austen buenas para ti? ¿Hay que despacharlas a todas

porque Emma y Mr. Woodhouse han muerto? Lástima, suspiré, que esto sea así. — Porque mientras Jane Austen va de melodía en melodía como Mozart de canto en canto, leer estas páginas era como estar en un bote en alta mar. Primero uno subía, luego se hundía. Esta concisión, esta falta de aliento puede significar que tenía miedo de algo; miedo, tal vez, de que la llamaran “sentimental”; o quizá, recordaba que los escritos de mujeres han sido llamados floridos, y ella por consiguiente suministra una superabundancia de espinas; pero hasta que no haya leído una escena con algún cuidado, no podré estar segura de si ella es ella misma, o es alguna otra. De cualquier modo, ella no rebaja nuestra vitalidad, pensé, leyendo con más cuidado. Pero amonтона demasiados hechos. No podrá utilizar ni la mitad en un libro de este tamaño. (Era como la mitad de Jane Eyre). Sin embargo de una manera o de otra consiguió llevarnos a todos — Roger, Chloe, Olivia, Tony y Mr. Bigham — en una canoa río arriba. Espera un momento, dije, recostándome en mi sillón, debo considerar todo esto más cuidadosamente antes de proseguir.

Estoy casi segura, me dije, de que Mary Carmichael nos está haciendo una broma. Porque me siento como en una montaña rusa cuando el coche, en lugar de hundirse, como uno esperaba, sube de nuevo. Mary está haciendo trampa con la continuación esperada. Primero cortó la sentencia; ahora acaba de romper la ilación. Muy bien, tiene todo el derecho de hacer esas dos cosas si las hace no por el gusto de romper, sino por el de crear. No sabré de cuál de los dos motivos se trata hasta que ella se enfrente con una situación. Le daré plena libertad, me dije, para elegir la situación; que la fabrique con latas vacías y calderas viejas si quiere; pero tiene el deber de convencerme que cree que es una situación; y cuando la haya fabricado debe encararla. Debe dar el salto. Y dispuesta a cumplir mi deber

como lectora si ella cumplía el suyo como escritora, volví la página y leí... siento cortar de un modo tan brusco. ¿Hay hombres presentes? ¿Me prometen ustedes que esa cortina roja no oculta la figura de Sir Charles Biron? ¿Me lo juran, todas somos mujeres? Entonces les puedo decir que las primeras palabras que leí eran estas — “A Chloe le gustaba Olivia...” no se asusten. No se sonrojen. Admitamos aquí entre nosotras que estas cosas suceden. A veces a las mujeres les gustan otras mujeres.

“A Chloe le gustaba Olivia”, leí. Y me dí cuenta del gran cambio que eso significaba. A Chloe le gustaba Olivia, quizá, por la primera vez en la literatura. A Cleopatra no le gustaba Octavia. Y qué cambio total hubiera padecido *Antonio y Cleopatra* si eso hubiera pasado. Tal como está, pensé, distrayéndome un poco de *Life's Adventure*, todo el asunto ha sido simplificado, convencionalizado, si me atrevo a decirlo, de una manera absurda. El único sentimiento de Cleopatra hacia Octavia es uno de celos. ¿Es más alta que yo? ¿Cómo se peina? La pieza, tal vez, no precisaba más. Pero qué interesante hubiera sido si las relaciones de las dos mujeres hubieran sido más complejas. Todas esas relaciones entre mujeres, pensé, recorriendo rápidamente la espléndida galería de mujeres ficticias, son demasiado simples. Se ha excluído tanto. Traté de recordar algún caso en el curso de mis lecturas en el que hubiera dos mujeres presentadas como amigas. Hay una tentativa de algo así en *Diana of the Crossways*. Por supuesto hay confidentes, en Racine y en las tragedias griegas. Hay de vez en cuando madres e hijas. Pero casi sin excepción se las ve en su relación con los hombres. Era raro pensar que todas las grandes figuras novelescas, fueron hasta los días de Jane Austen, no sólo vistas por el otro sexo, sino vistas únicamente en relación con el otro sexo, y qué pequeña parte es esa en la vida de la mujer; y qué poco puede

saber un hombre cuando la observa a través de los anteojos negros o rosados que el sexo le coloca en la nariz. De ahí, quizá, el carácter peculiar de las mujeres en la novela; los sorprendentes extremos de su belleza y su horror; sus alternativas entre una bondad celeste y una depravación infernal, — porque así la verá un enamorado según que ascienda o decline su amor, según su próspera o su mala fortuna. Eso no es tan cierto de las novelistas del siglo XIX, por supuesto. La mujer se vuelve mucho más compleja y diversa. Quizá fué el deseo de escribir sobre las mujeres, el que indujo gradualmente a los hombres a abandonar el drama poético, cuya violencia podía aprovecharlas tan poco, y a inventar la novela como más adecuada. Aun así resulta evidente, hasta en los escritos de Proust, que el hombre no está menos trabado y menos parcial, en su conocimiento de la mujer, que la mujer en su conocimiento del hombre. Además, proseguí, mirando de nuevo la página, está claro que las mujeres, como los hombres, tienen otros intereses que los perennes intereses domésticos. “A Chloe le gustaba Olivia. Compartían las dos un laboratorio...” seguí leyendo y descubrí que esas dos muchachas estaban ocupadas en picar hígado, que es, parece, un remedio para la anemia perniciosa; aunque una era casada y tenía — pienso que hago bien en decirlo — dos niños pequeños. Todo eso, por supuesto, ha debido excluirse, y así el espléndido retrato de la mujer ficticia es harto simple y demasiado monótono. Supongan, por ejemplo, que los hombres sólo figuraran en la literatura como amantes de las mujeres, y nunca como amigos de los hombres, soldados, pensadores, soñadores, ¡qué pocos roles en las piezas de Shakespeare podrían confiárseles; ¡cómo habría sufrido la literatura! Tendríamos, tal vez, buena parte de Antonio, casi todo Otello; pero nada de César, nada de Bruto, nada de Hamlet, nada de Lear, nada de Jaques — la literatura se empobrecería de un modo increíble, como

ya ha sido empobrecida incalculablemente por las puertas cerradas a las mujeres. Casadas contra su voluntad, encerradas en un cuarto, y con una sola tarea ¿cómo podría el dramaturgo hacer de ellas una semblanza completa o interesante o verídica? No quedaba otro intérprete que el amor. El poeta estaba obligado a ser apasionado o amargo, a menos que declarara “odiar a las mujeres”, lo que significaba a menudo que no les era interesante.

Ahora bien, si a Chloe le gustaba Olivia y comparten un laboratorio las dos, hecho que por sí sólo hace que su amistad sea más variada y más duradera porque será menos personal; si Mary Carmichael sabe escribir, y yo empezaba a gozar de cierta calidad en su estilo, si tiene un cuarto propio, de lo que no estoy segura; si tiene quinientas libras al año — pero eso está por demostrarse — entonces pienso que algo muy importante ha sucedido.

Porque si a Chloe le gustaba Olivia y Mary Carmichael sabe expresarlo, se encenderá una antorcha en esa vasta cámara en la que nadie ha penetrado. Todas son medias luces y sombras profundas como en esas cuevas sinuosas donde uno va con una vela, atisbando arriba y abajo, sin saber dónde poner el pie. Y empecé a leer el libro de nuevo, y leí como Chloe vió a Olivia poner un tarro en un aparador y decir que era tiempo de volver a su casa y a sus hijos. He ahí un espectáculo que nunca se ha visto desde el principio del mundo, exclamé — y ya me puse a observar con curiosidad. Porque quería ver cómo se las arreglaba Mary Carmichael para captar esos ademanes no registrados, esas palabras sin decir o a medio decir que se diseñan, tan impalpables como las sombras de las mariposas nocturnas en el cielo raso, cuando las mujeres están solas, no iluminadas por la luz caprichosa y coloreada del otro sexo. Tendrá que retener el aliento, me dije, siguiendo la lectura, si es que va a hacerlo; porque las mu-

jes son tan suspicaces de cualquier interés que no esté respaldado por algún motivo evidente, tan terriblemente habituadas a la ocultación y al disimulo, que basta un parpadeo en su dirección para que se espanten. La única manera de hacerlo, pensé, dirigiéndome a Mary Carmichael como si estuviera presente, es hablar de otra cosa, mirando fijamente por la ventana, y así anotar, no con un lápiz en una libreta, sino en la más breve de las taquigrafías, en palabras apenas deletreadas, lo que sucede cuando Olivia (ese organismo que ha estado bajo la sombra de las rocas esos millones de años) siente que le cae encima la luz y ve venir hacia ella ese alimento extraño; — conocimiento, aventura, arte. Y extiende la mano para alcanzarlo, pensé, levantando los ojos de la página, y tiene que inventar una combinación enteramente nueva a sus medios, ya desarrollados para otros fines, que le permita absorber lo nuevo en lo antiguo sin molestar el equilibrio intrincado y complejo del todo.

Pero, ay de mí, había hecho lo que había resuelto no hacer; me había deslizado impensadamente al elogio de mi propio sexo. “Muy desarrolladas” — “infinitamente intrincado” — esos términos son de elogio, y elogiar el propio sexo es siempre sospechoso, y a veces tonto; además, en este caso ¿cómo justificarlo? Imposible ir al mapa y decir que Colón descubrió América y que Colón era una mujer; o tomar una manzana y observar: Newton descubrió las leyes de la gravitación y Newton era una mujer, o mirar al cielo y decir: arriba están volando aeroplanos y las mujeres inventaron los aeroplanos. No hay una marca en la pared para medir la precisa estatura de las mujeres. No hay medidas de una yarda, prolijamente divididas en fracciones de una pulgada que determinen las condiciones de una buena madre o el cariño de una hija, o la fidelidad de una hermana o la capacidad de un ama de llaves. Son pocas, aun ahora son pocas, las

mujeres graduadas en las universidades; los grandes certámenes de las profesiones, ejército y armada, comercio y política y diplomacia las han probado apenas. Están, aún en estos momentos, casi sin clasificar. Pero si necesito saber todo lo que un ser humano puede decir sobre Sir Hawley Butts, por ejemplo, no tengo más que abrir Burke o Debrett y encontraré que se graduó en esto o aquello, que era dueño de una gran propiedad; que tenía un heredero; que fué secretario de administración, que representaba a Gran Bretaña en el Canadá y había recibido un cierto número de grados, empleos, medallas y otras distinciones por medio de las cuales sus méritos han sido estampados en él indeleblemente. Sólo la Providencia puede saber algo más sobre Sir Hawley Butts.

Por consiguiente, cuando digo de las mujeres: “muy desarrollada”, “infinitamente intrincada”, no puedo verificar mis palabras en Whitaker, Debrett o el Almanaque Universitario. ¿Qué hacer en este trance? Miré otra vez la biblioteca. Ahí estaban las biografías: Johnson y Goethe y Carlyle y Sterne y Cowper y Shelley y Voltaire y Browning y muchos otros. Me puse a pensar en esos grandes hombres que habían por una u otra razón admirado, suplicado, convivido, confiado, enamorado, escrito, depositado su confianza y demostrado lo que sólo puedo describir como una necesidad y dependencia de ciertas personas del sexo opuesto. No afirmaré que todas esas relaciones fueron completamente platónicas, y Sir William Joyson Hicks lo negaría. Pero agraviaríamos mucho a esos hombres ilustres, si afirmáramos que esas alianzas sólo les redituaban comodidad, adulación y los placeres del cuerpo! Lo que conseguían, es claro, era algo que su propio sexo era incapaz de suministrar; y no sería temerario, quizá, definirlo también, sin recurrir a las palabras indudablemente rapsódicas de los poetas, como un estímulo, una renovación del poder creador que sólo el otro

sexo puede otorgar. El abriría la puerta del saloncito o de la *nursery*, pensé, y la encontraría entre sus hijos tal vez, o con un bordado en sus rodillas — de cualquier modo, el centro de un orden de vida distinto — y el contraste entre ese mundo y el suyo, que sería tal vez los Tribunales o la Cámara de los Comunes, le sería tierno y refrescante, y percibiría hasta en la conversación más natural y sencilla, una diferencia de opiniones, y las ideas mustias revivirían en él; y el sólo verla creando en un mundo diferente al suyo animaría su poder creador, de modo que su estéril mente empezaría otra vez a urdir, y diera con la frase o la escena que le faltaba cuando se puso el sombrero para visitarla. Cada Johnson tiene su Thrale, y se aferra a ella por razones como esta, y cuando la Thrale se casa con su músico italiano, Johnson se vuelve medio loco de rabia y de disgusto, no sólo por echar de menos sus agradables veladas en Streatham, sino porque la luz de su vida está “como apagada”.

Y sin ser el Dr. Johnson o Goethe o Carlyle o Voltaire, uno puede sentir, aunque de muy distinto modo que esos grandes hombres, la naturaleza de esa complejidad, y el poder de esa facultad creadora tan altamente desarrollada entre las mujeres. Uno entra en un cuarto — pero habría que fatigar los recursos del idioma inglés, y bandadas enteras e ilegítimas de palabras tendrían que nacer a la vida antes que una mujer pueda decir lo que sucede cuando entra en un cuarto. Los cuartos difieren tanto; son tranquilos o atronadores, dan al mar, o dan a un patio de cárcel; tienen ropa colgada a secar; o están vivos con ópalos y sedas; son duros como crin o blandos como plumas — basta entrar en un cuarto de cualquier calle para que toda esa fuerza extremadamente compleja de la feminidad salte a la vista. ¿Cómo podía ser de otro modo? Porque las mujeres han estado sentadas ahí adentro, todos esos millones de años. Ahora las paredes están impreg-

nadas de su fuerza creadora, que ha superado de tal modo la capacidad de los ladrillos y de la argamasa que ahora debe atarearse con plumas y pinceles y negocios y política. Pero este poder creador difiere mucho del poder creador de los hombres. Y debemos admitir que sería una pena si lo obstruyeran o lo tiraran, porque fué ganado con siglos de la más severa disciplina, y no hay nada que pueda reemplazarlo. Sería una pena que las mujeres escribieran como los hombres, o vivieran como los hombres, o parecieran hombres, porque si apenas dan abasto dos sexos, considerando la amplitud y variedad del mundo ¿cómo nos manejaríamos con uno solo? ¿No debe la educación desarrollar y reforzar las diferencias, más bien que las similitudes? Porque ya demasiado nos parecemos, y si un explorador pudiera volver con noticias de otros sexos, atisbando otros cielos a través de las ramas de otros árboles; nada sería de mayor servicio a la humanidad; y de yapa tendríamos el placer de ver al Profesor X empuñando sus varas de medir y demostrándose “superior”.

Mary Carmichael, (pensé yo, siempre en suspenso sobre la página) ya tiene trabajo de sobra, si se propone observar. De veras temo que sucumba a la tentación de ser la rama menos interesante de la especie: la novelista realista, no la contemplativa. Hay tantos nuevos hechos que observar. Ya no tendrá que limitarse a las casas decentes de la alta burguesía. Penetrará sin bondad ni consideración, pero con el espíritu de compañerismo, en esos cuartos pequeños y perfumados donde espera la cortesana, la ramera y la dama con el perro faldero. Ahí están esperando con la deficiente ropa hecha que el escritor masculino ha tenido que echarles sobre los hombros. Pero Mary Carmichael sacará sus tijeras y la ajustará a cada ángulo y cada hueco. Será un curioso espectáculo, cuando llegue, ver esas mujeres como son, pero debemos esperar un poco, porque Mary Carmichael

está aún abrumada por esa timidez en presencia del “pecado” que es la herencia de nuestra barbarie sexual. Lleva todavía en los pies los grillos oxidados de las diferencias de clase.

Sin embargo, la mayoría de las mujeres no son cortesanas, ni rameras, ni están sentadas acomodando perros falderos en terciopelo polvoriento a lo largo de las tardes de verano. ¿Pero qué hacer entonces? y acudió a mi mente una de esas calles larguísimas al sur del río cuyas filas infinitas están innumerablemente pobladas. Con los ojos de la imaginación, ví una señora muy tiesa cruzando la calle del brazo de una mujer de mediana edad, su hija, quizá, tan bien calzadas y abrigadas que el vestirse en las tardes debe ser un rito, y hasta el guardar las ropas en armarios con alcanfor, año tras año, durante los meses de verano. Cruzan la calle cuando las lámparas ya están encendidas (porque el crepúsculo es su hora favorita), como deben haberlo hecho año tras año. La mayor está cerca de los ochenta; pero si uno le preguntara que ha significado su vida, diría que recuerda las calles iluminadas por la batalla de Balaclava, o que oyó las salvas en Hyde Park por el nacimiento del rey Eduardo Séptimo. Y si uno le preguntara, deseando fijar el momento con fecha y estación, ¿pero qué estuvo haciendo el cinco de Abril de 1868, o el dos de Noviembre de 1875? tomaría un aire vago y diría que no se acuerda. Porque ya han sido cocinadas todas las cenas; lavados los platos y tazas; enviados a la escuela los niños, y después lanzados al mundo. Nada queda ya de todo eso. Todo se ha desvanecido. No hay una biografía ni una historia que diga una palabra y las novelas, sin quererlo, mienten inevitablemente.

Hay que registrar todas esas vidas infinitamente oscuras, dije, dirigiéndome a Mary Carmichael como si estuviera presente; y seguí recorriendo con la imaginación las calles de Londres, sintiendo en

el pensamiento, la presión de la mudez, la acumulación de vidas ignoradas, ya de mujeres en las esquinas con los brazos en jarras, y los anillos incrustados en los dedos gordos, hinchados, charlando con una gesticulación como el vaivén de las palabras de Shakespeare; o de las vendedoras de violetas y de fósforos y viejas arrugadas paradas en las puertas de calle; o de muchachas a la deriva, cuyos rostros, como olas bajo el sol o las nubes, anuncian la llegada de hombres y mujeres, y las luces parpadeantes de las vidrieras. Todo eso deberás expresar, le dije a Mary Carmichael, con la antorcha firme en la mano. Sobre todo, deberás iluminar tu propia alma con sus profundidades y trivialidades y sus vanidades y sus larguezas, y decir el sentido que tu belleza o tu fealdad, tienen para ti, y qué relación tienes con el mundo vertiginoso y siempre cambiante de guantes y zapatos y telas que se agitan entre los vagos perfumes que se escapan de los frascos de las farmacias bajo arcadas de trapo sobre un piso de pseudo-mármol. Porque en la imaginación yo había entrado en una tienda; estaba embalsamada en blanco y negro; estaba empavesada con cintas de colores, azoradoramente hermosos. Pensé, que bien podía Mary Carmichael echarle un vistazo al pasar, porque era un espectáculo no menos digno de la pluma que una cumbre nevada o que un desfiladero rocoso en la Cordillera. Y en cuanto a la muchacha del mostrador — yo preferiría tener su verdadera historia a la vida número ciento cincuenta de Napoleón o al septuagésimo estudio de Keats y su manejo de la inversión miltónica que el viejo profesor Z y sus congéneres están componiendo ahora mismo. Y luego proseguí, muy cautelosamente, en puntas de pies (tan cobarde soy, tan miedosa del látigo que una vez casi atravesó mis espaldas), y murmuré que ella debía también aprender a reír, sin amargura, de las vanidades — digamos mejor de las peculiaridades, porque es palabra menos ofensiva — del otro sexo. Porque

todos tenemos en la nuca una mancha del tamaño de un chelín que nunca podemos ver. Es uno de los buenos servicios que un sexo puede hacer al otro: describir esa mancha del tamaño de un chelín en la nuca. Piensen cuanto provecho han sacado las mujeres de los comentarios de Juvenal y de la crítica de Strindberg. Piensen con cuánta humanidad y cuánto brillo los hombres, desde las épocas más remotas, han señalado a las mujeres, esa mancha oscura en la nuca! Y si Mary fuera muy íntegra y muy valiente, se pondría detrás del otro sexo y nos diría lo que vé. Nunca se pintará un retrato completo y fiel del hombre hasta que una mujer describa esa mancha del tamaño de un chelín. Mr. Woodhouse y Mr. Casuabon son manchas de ese tamaño y de esa clase. Por supuesto, nadie en su sano juicio le aconsejaría el deliberado escarnio y la burla: la literatura ha demostrado la futilidad de lo que se escribe con ese propósito. Sé veraz, le diría, y el resultado tiene que ser interesantísimo. Se enriquecerá la comedia. Se descubrirán nuevos hechos.

Con todo, ya era tiempo de bajar los ojos a la página. Mejor que especular sobre lo que podría y debería escribir Mary Carmichael. Me puse a leer de nuevo. Recordé que tenía contra ella ciertos motivos de queja. Había quebrado la oración de Jane Austen, y me había privado de toda oportunidad de pavonearme con mi gusto impecable, con mi oído exigente. Porque era inútil decir, "Sí, sí, eso está bonito, pero Jane Austen escribía mucho mejor", cuando tenía que admitir que entre las dos no había ningún punto de semejanza. Además había ido más lejos, y había roto la ilación — el orden esperado. Tal vez lo había hecho sin darse cuenta, como lo haría una mujer si escribiera como una mujer. Pero el efecto resultaba desconcertante: no se veía la acumulación de la ola, la crisis próxima doblando la esquina. Por consiguiente yo no podía pavonearme con la profundidad de mis sen-

timientos y mi conocimiento profundo del corazón humano. Pues cada vez que estaba a punto de sentir las cosas habituales en los momentos habituales, sobre el amor o sobre la muerte, la fastidiosa persona me daba un tironcito, como si lo importante estuviera un poco más allá. Y me hacía imposible desplegar mis frases sonoras sobre “sentimientos elementales”, la materia común de la humanidad” los abismos del corazón humano”, y todas esas frases que ayudan nuestra fe de que por muy inteligentes que seamos por encima, somos muy serios, muy profundos y muy humanos en el fondo. Ella me hacía sentir al contrario que en lugar de seria, humana y profunda, era posible que yo fuera — y el pensamiento no era seductor — meramente convencional y haragana.

Pero seguí leyendo, y noté otros hechos. No era un “genio” — eso era notorio. No tenía nada del amor a la Naturaleza, de la fogosa imaginación, de la innata poesía, del brillante ingenio, de la sabiduría cavilosa de sus grandes predecesoras, Lady Winchelsea, Charlotte Brontë, Emily Brontë, Jane Austen y George Elliot; no podía escribir con la melodía y la dignidad de Dorothy Osborne — en realidad no era más que una muchacha hábil cuyos libros serán “reducidos” por los editores de aquí diez años. Pero tenía, sin embargo, ciertas ventajas de las que carecieron, hace medio siglo, mujeres mucho mejor dotadas.

Los hombres ya no eran para ella “el partido contrario”; no necesitaba perder su tiempo injuriándolos; no tenía que subir a la azotea y arruinar la paz de su espíritu anhelando viajes, experiencia y un conocimiento del mundo y de los caracteres que le habían sido negados. El temor y el odio habían casi desaparecido; sólo quedaban algunos rastros en una ligera exageración del goce de ser libre, una tendencia caústica y satírica, más que romántica, al delinear el otro sexo. Además era indudable, que como novelista, gozaba de ciertas

naturales ventajas de primer orden. Su sensibilidad era vastísima, ávida y libre. Respondía a un casi imperceptible toque. Se deleitaba como una planta recién puesta en el aire con cada vista o sonido que se le atravesaba. Merodeaba, además, muy sutil y curiosamente, entre cosas casi desconocidas o no identificadas; se posaba sobre cosas pequeñas y mostraba que tal vez no eran tan pequeñas. Sacaba a luz cosas enterradas y hacía que uno se maravillara de que hubieran sido enterradas. Torpe como era, y sin los inconscientes modales de larga tradición que hacen que el menor rasgo de la pluma de un Thackeray o un Lamb sea delicioso al oído, había — empecé a pensar — dominado la primer gran lección: escribir como una mujer, pero como una mujer que ha olvidado que lo es, de modo que sus páginas estaban llenas de esa curiosa calidad sexual que sólo se adquiere cuando el sexo no es consciente de sí mismo.

Todo esto era para bien. Pero de nada le valdrían esa abundancia de sensación o delicadeza de percepción si no lograba edificar con lo personal y lo efímero el edificio duradero que queda incommovible. Yo había dicho que esperaría hasta que se enfrentara con “una situación”. Y con eso quería decir, hasta que demostrara a fuerza de llamar, de chistar, de congregar, que no jugaba sólo con superficies, sino que había mirado en el fondo. Ya es tiempo, se diría, en un momento dado, de que sin violencia alguna yo muestre el significado de todo esto. Y empezaría — ¡qué inconfundible es esta primera señal de vida! — a llamar y a chistar, y surgirían entonces en la memoria, medio olvidadas, cosas triviales de otros capítulos, desparrramadas por el camino. Y haría que sintiéramos su presencia mientras alguien cosía o fumaba una pipa lo más naturalmente posible y sentiríamos, mientras ella seguiría escribiendo, como si hubiéramos subido a la cima del mundo y lo viéramos abajo extenderse majestuosamente.

Al menos, estaba haciendo la prueba. Y al ver que se estiraba para el esfuerzo, vi, pero deseando que ella no viera, los obispos y los deanes, los doctores y los profesores, los patriarcas y los pedagogos, gritándole consejos y advertencias: ¡No puedes hacer esto y no harás aquéllo! ¡Sólo los estudiantes y maestros pueden pisar el césped! ¡No se admiten señoras sin una presentación especial! ¡Por aquí las que aspiren a novelistas!

Así la acosaban como el gentío en una pista de carreras, y su problema era saltar el cerco sin mirar a izquierda o derecha. Si te detienes a renegar estás perdida, le dije; lo mismo, si te detienes a reír. Una vacilación o una torpeza y estás perdida. Piensa sólo en el salto, le imploré, como si hubiera apostado a ella todo mi dinero; y saltó como un pájaro. Pero detrás había otro cerco y otros cercos detrás. A pesar de su aguante yo tenía mis dudas, porque el palmoteo y los gritos desgastan los nervios. Pero hizo cuanto pudo. Considerando que Mary Carmichael no era un genio, sino una muchacha desconocida escribiendo su primera novela en su dormitorio, privada de tantas cosas deseables — tiempo, dinero y ocio — no lo hizo tan mal.

Démosle otros cien años, me dije, leyendo el último capítulo — las narices de la gente y los hombros descubiertos se mostraban desnudos contra un cielo estrellado, porque alguien había descorrido la cortina en el salón — démosle un cuarto propio y quinientos libras esterlinas al año, dejemos que diga lo que quiere y elimine la mitad de lo que ahora pone, y escribirá un libro mejor, uno de estos días. Será un poeta, dije, colocando en la punta del estante *Life's Adventure*, por Mary Carmichael, dentro de cien años.

## CAPITULO VI

Al día siguiente la luz de la mañana de octubre caía en dardos polvorientos a través de las ventanas sin cortinas, y el rumor del tráfico subía de la calle. Londres se estaba dando cuerda de nuevo: la fábrica estaba despierta, empezaban las máquinas. Era tentador, después de tanta lectura, mirar por la ventana y ver lo que estaba haciendo Londres en la mañana del 26 de Octubre de 1928. ¿Qué estaba haciendo Londres? Nadie, me pareció, estaba leyendo *Antonio y Cleopatra*. Londres estaba del todo indiferente a las piezas de Shakespeare. A nadie le importaba un bledo — y no los censuro — el porvenir de la novela, la suerte de la poesía o el desarrollo por la mujer normal, de un estilo de prosa plenamente adecuado a su mente. Si en la vereda hubieran escrito con tiza opiniones sobre esta materia, nadie se hubiera agachado a leerlas. La indiferencia de los pies apurados las hubiera borrado en una media hora. Aquí venía un mandadero; aquí una mujer con un perro. El encanto de la calle de Londres es que no hay dos personas iguales; cada una parece movida por algún asunto particular. Ahí estaban los atareados, con sus valijas; los desocupados golpeando con los bastones las verjas del subsuelo; los tipos afables para quienes las calles sirven de club, saludando a hombres en carros y distribuyendo información que nadie les pide. Había entierros también ante los que se descubrían los hombres, repentinamente conscientes del tránsito de sus cuerpos.

Y entonces un señor muy distinguido bajó con lentitud de un umbral y se detuvo para no chocar con una dama de lo más animada que había adquirido de algún modo un espléndido abrigo de piel y un ramo de violetas de Parma. Todos parecían separados, absortos en sus propios asuntos.

Esta vez, como tan a menudo pasa en Londres, había una calma total y suspensión del tráfico. Nada venía por la calle; nadie pasaba. Una hoja sola se desprendió del plátano al final de la calle y cayó en esa pausa y suspensión. De cierto modo era como una señal, la señal de una fuerza en las cosas que uno había pasado por alto. Era como el signo de un río, que fluía invisiblemente calle abajo, a la vuelta de la esquina, y tomaba la gente y las arrastraba, como la corriente de Oxbridge había arrastrado al estudiante en su bote y a las hojas muertas. Ahora iba trayendo de una vereda de la calle a la otra, diagonalmente, una muchacha con botines de charol y un joven de sobretodo marrón; también traía un taxímetro; y juntó a los tres en un punto, justo bajo mi ventana, donde se detuvo el taxímetro, y la muchacha y el joven se detuvieron, y subieron al taxi que se alejó sin ruido, como si lo arrastrara la corriente.

La escena era bastante común: lo curioso era el ritmo que mi imaginación le otorgaba, y el hecho de que la escena común de dos personas subiendo a un taxi tuviera la virtud de comunicar algo de su propia satisfacción. La vista de dos personas que vienen por la calle y se encuentran en la esquina, parece aliviar la mente, pensé, mirando al taxi dar la vuelta y perderse. Pensar en uno de los sexos como diferente del otro, como yo había estado haciéndolo esos dos días, es tal vez un esfuerzo. Perturba la unidad del espíritu. Ahora había cesado ese esfuerzo y la unidad se había restablecido, mediante el espectáculo de dos personas que se juntaban y subían a un taxi.

La mente es por cierto un órgano muy misterioso, reflexioné, (retirando mi cabeza de la ventana) del que no sabemos nada absolutamente, aunque dependamos de él por completo. ¿Por qué sentiré entonces que hay desacuerdos y oposiciones en la mente, como hay tiranteces por causas evidentes en el cuerpo? ¿Qué quiere uno decir

con la “unidad de la mente”? pensé, pues la mente se puede concentrar con tal intensidad en cualquier punto que parece incapaz de un estado solo de ser. Por ejemplo: puede separarse de la gente en la calle, e imaginarse aparte en una ventana elevada que los domina. O puede pensar con otras personas espontáneamente, como en el caso de una multitud que espera que le lean una noticia. Puede traspensar, a través de sus padres o de sus madres, como ya dije que las mujeres escriben a través de sus madres. Además, si uno es mujer, la suele sorprender una brusca división de la conciencia — digamos al bajar por Whitehall — cuando deja de ser la natural heredera de esa civilización y se siente exterior, forastera y crítica. Es claro que la mente siempre está variando su foco, y ensayando diversas perspectivas con el mundo. Pero ciertos estados de conciencia, aunque adoptados con toda espontaneidad, parecen menos cómodos que otros. Para persistir en ellos, uno sin querer reprime algo, y gradualmente la represión importa un esfuerzo. Pero debe haber un estado en el que uno puede persistir sin esfuerzo, porque no hay nada que reprimir. Y éste, quizá, pensé, volviendo de la ventana, es uno de ellos. Porque cuando vi la pareja subir al taxi, la mente sintió como si luego de dividida, se hubiera soldado de nuevo en una fusión natural. La evidente razón sería que lo natural es que los dos sexos cooperen. Hay un instinto profundo, aunque irracional, en pro de la teoría de que la unión del hombre y de la mujer procura la mayor satisfacción, la felicidad más completa. Pero la vista de las dos personas subiendo al taxi y la satisfacción que me dió, hizo que me preguntara también si no habría dos sexos en el espíritu correspondientes a los dos en el cuerpo, y si no sería preciso juntarlos para lograr completa satisfacción y felicidad. Y me puse a delinear de cualquier manera un plano del alma, en el que dos poderes presidían, uno varón y otro hembra;

y en el cerebro del hombre el varón predomina, y en el de la mujer la hembra. El estado normal y placentero, es cuando están en armonía los dos, colaborando espiritualmente. Hasta en un hombre, la parte femenina del cerebro debe ejercer influencia; y tampoco la mujer debe rehuir contacto con el hombre que hay en ella. Esa tal vez fué la intención de Coleridge cuando dijo que una gran inteligencia es andrógina. Cuando se opera esa fusión, la mente queda fecundada plenamente y dirige todas sus facultades. Quizá una mente del todo masculina no puede crear, así como tampoco una mente del todo femenina, pensé. Pero convendría saber lo que se entiende por mujeril viril, e inversamente por viril mujeril, deteniéndose a revisar un libro o dos.

Cuando Coleridge dijo que toda gran inteligencia es andrógina, para nada pensó en una inteligencia que simpatizara especialmente con las mujeres; una inteligencia que defendiera su causa o se dedicara a su interpretación. Quizá la inteligencia andrógina propende menos a esas distinciones que la inteligencia de un solo sexo. Quería decir, tal vez, que la inteligencia andrógina es resonante y porosa; que transmite sin dificultad la emoción; que es naturalmente creadora, indivisa e incandescente. De hecho, uno recurre a Shakespeare como arquetipo de la inteligencia andrógina, aunque ahora es imposible recuperar la opinión de Shakespeare sobre las mujeres. Y si es verdad que uno de los signos de la mente del todo desarrollada es que no piensa especial o separadamente en el sexo, ahora más que nunca es difícil alcanzar esa condición. Aquí llegué a los libros de escritores contemporáneos, y me detuve a sospechar si aquello no sería la causa de algo que me había intrigado por mucho tiempo. Ninguna época ha tenido una conciencia tan estridente del sexo como la nuestra; la prueba son esos innumerables libros en el Museo Británico, escritos por hombres acerca

de mujeres. Sin duda les corresponde alguna culpa a las sufragistas. Deben haber despertado en los hombres un extraordinario deseo de auto afirmación; deben haberlos impulsado a enfatizar su propio sexo y sus características, cosa que no hubiera pasado sin ese desafío. El hombre desafiado, aunque no sea más que por unas cuantas mujeres de sombrero negro, reacciona, de manera un tanto excesiva: sobre todo, si es la primera vez en la Historia. Eso, tal vez, explica ciertas características que recuerdo haber encontrado aquí, pensé, tomando la reciente novela del señor A., que está en la plenitud de su vigor y que les agrada tanto a los críticos. La abrí. En verdad, era delicioso volver a leer lo escrito por un hombre. Era tan directo, tan de frente, después de lo escrito por las mujeres. Indicaba tal independencia de espíritu, tanta libertad de persona, tal confianza en sí mismo. Se sentía un bienestar casi físico ante esa mente libre, bien alimentada, bien educada, que nunca había sido torcida o contrariada, que había gozado de plena libertad desde que nació para estirarse como quisiera. Todo eso era admirable. Pero al cabo de un capítulo o dos una sombra pareció tenderse sobre la página. Era una raya bifurcada y oscura, una sombra de forma parecida a la palabra "yo". Uno trataba de esquivarse por cualquier lado para ver el paisaje detrás de la sombra. No se podía divisar si había un árbol o una mujer paseando. Siempre la palabra "yo" que me reclamaba. Uno empezaba a cansarse de "yo". No es que ese "yo" no fuera un "yo" de lo más respetable; honrado y consecuente, duro como una nuez, pulido por siglos de buena educación y buena comida. Desde el fondo del corazón respeto y admiro ese yo. Pero — aquí volví una página o dos, en busca de una cosa o de otra — lo peor es que a la sombra de la palabra "yo", todo es informe como la niebla. ¿Es eso un árbol? No, es una mujer. Pero — no tiene un hueso en el cuerpo, pensé,

observando a Phoebe, pues tal era su nombre, atravesar la playa. Entonces Alan se levantó y la sombra de Alan borró inmediatamente a Phoebe. Porque Alan abundaba en opiniones y Phoebe estaba como ahogada en la pleamar de sus opiniones. Alan, pensé, también tiene pasiones; y aquí volví las páginas muy ligero, sintiendo que la crisis era inminente, y así fué. Sucedió al sol, en la playa. Estaba escrito con toda libertad. Estaba escrito con todo vigor. Nada pudo haber sido más indecente. Pero... ya he dicho “pero” demasiadas veces. No se puede seguir diciendo “pero”. Hay que cerrar la frase de algún modo, me amonesté. Acaso la cerraré: “Pero — estoy aburrida!” ¿Pero por qué estoy aburrida? En parte, por el predominio de la palabra “yo” y la aridez que proyecta su sombra, como la del haya gigante. Nada puede crecer ahí. Y en parte por otra razón más oscura. Parecía que en la mente del señor A. hubiera algún obstáculo, alguna traba que cegara el manantial de la energía creadora y lo redujera a límites estrechos. Y recordando a la vez el almuerzo en Oxbridge y la ceniza del cigarrillo y el gato rabón y Tennyson y Christina Rossetti, me pareció posible que la traba estuviera ahí.

Como él ya no canturrea en voz baja: “Ha caído una lágrima espléndida de la pasionaria en la puerta”, cuando Phoebe cruza la playa; y ella no le contesta: “Mi corazón es como un pájaro cantor que tiene el nido en una rama sobre el agua”, cuando Alan se acerca ¿qué puede hacer? Siendo (como en efecto lo es) honrado como el día y consecuente como el sol, hay una sola cosa que puede hacer. Y esa cosa la hace, justo es decirlo, una y otra vez (dije volviendo las páginas) y muchas otras veces. Y eso, añadí, consciente de la horrible naturaleza de mi confesión, parece algo aburrido. La indecencia de Shakespeare desentierra mil otras cosas en la mente de quien lo lee, y dista mucho de ser aburrida. Pero Shakespeare lo hace con

gusto; el señor A., como dicen las niñeras, lo hace adrede. Lo hace protestando. Protesta contra la igualdad del otro sexo, afirmando su propia superioridad. Por eso está inhibido y trabado y molesto como lo hubiera estado Shakespeare si hubiera conocido a Miss Clough y a Miss Davies. Sin duda la literatura Isabelina hubiera sido muy distinta de lo que fué si el movimiento feminista hubiera comenzado en el siglo dieciséis y no en el diecinueve.

Si mi teoría de los dos lados de la mente no es un error, lo masculino acaba de tomar conciencia de sí mismo — vale decir, los hombres ya no escriben sino con el lado viril de su cerebro. La mujer que los lee comete una equivocación, porque inevitablemente busca algo que no hallará. La facultad de sugestión es la que uno extraña, pensé, tomando al crítico señor B. y leyendo, con mucho cuidado y mucha aplicación, sus notas sobre el arte de la poesía. Muy capaces eran, muy agudas y llenas de erudición; pero lo malo es que sus sentimientos no se comunicaban: su inteligencia estaba como aislada en cámaras distintas; ni un sonido iba de una a la otra. Cuando uno toma una sentencia del señor B., ésta se cae al suelo, muerta; pero cuando uno toma una sentencia de Coleridge, ésta explota y da nacimiento a otras ideas de todas clases, y sólo de esa literatura cabe decir que tiene el secreto de la vida inmortal.

Pero sea cual fuera la razón, el hecho es deplorable. Porque significa — aquí yo estaba ante unos estantes de libros de Mr. Kipling y de Mr. Galsworthy — que algunas de las obras más bellas de los mayores escritores contemporáneos encuentran oídos sordos. Una mujer, por más que se esfuerce, no dará en ellas con esa fuente de vida inmortal que según los críticos está ahí. No es tan sólo porque celebran virtudes masculinas, imponen valores masculinos y describen el mundo de los hombres; es que hasta la emoción que las satura es in-

comprensible a una mujer. “Ya se viene, ya se acumula, ya está por reventar”, uno empieza a decir mucho antes del fin. Ese cuadro caerá sobre la cabeza del viejo Jolyon; la sacudida lo matará; el viejo secretario pronunciará sobre él dos o tres palabras mortuorias; y todos los cisnes del Támesis romperán simultáneamente a cantar. Pero uno se escurrirá antes que eso suceda y se esconderá entre las matas, porque la emoción que es tan profunda, tan sutil y tan simbólica para un hombre deja azorada a una mujer. Lo mismo pasa con aquellos oficiales de Mr. Kipling que vuelven la espalda, y sus Sembradores que siembran la Semilla, y sus Hombres que están solos con su Trabajo; y la Bandera — uno se avergüenza de tanta mayúscula como si la hubieran sorprendido espiando una orgía enteramente masculina. El hecho es que ni Mr. Kipling ni Mr. Galsworthy tienen una sola chispa de mujer. Por eso, todas sus cualidades, le resultan a una mujer — si es lícito generalizar — toscas e inmaduras. Carecen de poder sugestivo. Y cuando un libro carece de poder sugestivo, no puede penetrar en la mente por más que golpee la superficie.

Y con ese humor desasosegado en que uno saca un libro y lo vuelve a guardar sin haberlo abierto, me puse a contemplar una edad futura de afirmativa y pura virilidad, como la que parecen presagiar las cartas de los profesores — las de Sir Walter Raleigh, por ejemplo — y la que los jefes de Italia ya han realizado. Porque un ambiente de irreparable virilidad predomina en Roma, y aunque la irreparable virilidad le convenga al estado, es permitido discutir sus efectos sobre el arte de la poesía. Sea lo que fuere, los periódicos informan que en Italia se experimenta alguna ansiedad por la novela. Ha habido una reunión de académicos cuyo fin “es promover el desarrollo de la novela italiana”. “Hombres famosos por su cuna, o en las finanzas, en la industria o en las corporaciones fascistas” se reunieron el otro día

a discutir el asunto, y enviaron un telegrama al Duce formulando el deseo “de que la era fascista produjera en breve un poeta digno de ella”. Todos podemos participar en ese piadoso deseo, pero es dudoso que la poesía pueda salir de una incubadora. La poesía necesita de una madre, igual que de un padre. El poema fascista, es de temer, será un abortito horroroso, como los que uno ve en un frasco de vidrio en el museo de algún pueblo de campo. Esos monstruos nunca viven mucho, se ha dicho: uno jamás ha visto un prodigio de esos segando pasto en una pradera. Dos cabezas en un cuerpo no contribuyen mucho a la longevidad.

Sin embargo, la culpa de todo esto, si uno desea echar la culpa, no es mayor en un sexo que en el otro. Todos los seductores y reformadores son responsables: Lady Bessborough cuando le mintió a Lord Granville; Miss Davies cuando le dijo la verdad a Mr. Grey. Todos cuantos han promovido un estado de conciencia sexual tienen la culpa, y son ellos los que me obligan, cuando quiero dar juego a mis facultades en un libro, a buscarlo en esa era feliz, anterior al nacimiento de Miss Davies y de Miss Clough, en que el escritor usaba igualmente los dos lados de su cerebro. Hay que volver a Shakespeare entonces, pues Shakespeare era andrógino; y así lo fueron Keats y Sterne y Cowper y Lamb y Coleridge. Shelley quizá era neutro. Milton y Ben Jonson eran tal vez un poco demasiado varones. Igual, Wordsworth y Tolstoi. En nuestros días Proust era del todo andrógino, si es que tal vez no era demasiado mujer. Pero esa falla es demasiado rara para que uno se queje, ya que sin alguna mixtura de esas, predomina la inteligencia y las otras facultades se endurecen y esterilizan. Sin embargo, me consolé con la reflexión de que tal vez se trata de una faz pasajera; mucho de lo que he dicho en homenaje a mi promesa de seguir el curso de mis pensamientos parecerá anti-

cuado; mucho de lo que deslumbra mis ojos les parecerá discutible a ustedes, que todavía no son mayores de edad.

Aún así, la primera sentencia que escribiría, dije, cruzando al escritorio y tornando la página encabezada: *Las mujeres y la novela*, es que es fatal para el que escribe pensar en su sexo. Es fatal ser un hombre o una mujer pura y simplemente; hay que ser viril-mujeril o mujer-viril. Es fatal que una mujer acentúe una queja en lo más mínimo; es fatal que defienda cualquier causa hasta con razón; o que hable deliberadamente como mujer. La palabra *fatal* no es una metáfora, porque todo lo escrito con ese prejuicio deliberado está condenado a la muerte. Deja de ser fertilizado. Por eficaz y deslumbrante, por magistral y poderoso que nos parezca un día o dos; tiene que marchitarse al atardecer; no puede crecer en las mentes de otros. Alguna colaboración debe realizarse en la inteligencia entre el hombre y la mujer antes que el acto de la creación se pueda cumplir. Algún enlace de contrarios tiene que haberse consumado. Toda la mente debe estar abierta de par en par y así tendremos la certeza de que el escritor está comunicando su experiencia con plenitud perfecta. Tiene que haber independencia y tiene que haber paz. No debe rechinar ni una rueda, ni chispear una luz. Las cortinas deben estar corridas. El escritor, pensé, una vez realizada su experiencia debe recostarse y dejar que su mente celebre su boda en la oscuridad. No tiene que mirar ni preguntar lo que está sucediendo. Tiene, más bien, que arrancar los pétalos de una rosa o fijarse en los cisnes que navegan serenamente río abajo. Y ví de nuevo la corriente que cargó con el bote y el estudiante y las hojas muertas; y el coche cargó con la mujer y el hombre, pensé, viéndolos juntarse en la calle, y la corriente los barrió, pensé, oyendo lejos el rugido del tráfico de Londres — a ese río tremendo.

Aquí, entonces, Mary Beton deja de hablar. Ya les ha dicho cómo arribó a la conclusión — la conclusión prosaica — de que es preciso tener quinientas libras al año y un cuarto con una cerradura en la puerta si quieren escribir novela o versos. Ha procurado desnudar los pensamientos o impresiones que le hicieron pensar así. Les ha pedido que la sigan cayendo en brazos de un Bedel, almorzando aquí, cenando allá, haciendo croquis en el Museo Británico, sacando libros del estante, mirando por la ventana. Mientras ella ha estado haciendo todas esas cosas, sin duda ustedes habrán observado sus fallas y debilidades y habrán determinado el efecto que éstos pueden tener en sus opiniones. Habrán estado contradiciéndola y haciendo los agregados y deducciones que les parecen bien. Eso está bien, porque en un asunto como éste la verdad sólo es asequible cotejando muchas variantes del error. Y ahora acabaré en primera persona, adelantándome a dos críticas, tan evidentes, que no prescindirán ustedes de hacerlas.

Pueden decir, que no he expresado la menor opinión, sobre los méritos comparativos de los sexos, aún como escritores. Esto ha sido a propósito, pues aunque el momento de semejante valoración hubiera llegado, y por ahora es más importante saber cuanto dinero tenían las mujeres y cuántos cuartos, que teorizar sobre sus capacidades — aunque el momento hubiera llegado, no creo que las dotes de inteligencia o de carácter, puedan pesarse como el azúcar y la manteca, ni aún en Cambridge, donde son tan amigos de clasificar las personas y de ponerles gorros en la cabeza y letras mayúsculas después de los nombres. No creo que el Cuadro de Prioridad que hay en el *Almanaque* de Whitaker represente un orden inapelable de valores, o que haya alguna suficiente razón para suponer que un Comendador de la Orden del Baño precederá definitivamente a un Defensor de Pobres. Toda esa polémica de sexo contra sexo, de cualidad contra cualidad; todo ese

alarde de superioridad e imputación de inferioridad, pertenecen a esa etapa escolar de la evolución humana en que hay "lados", y es preciso que un "lado" le gane al otro y es de suma importancia ascender a una plataforma y recibir de manos del Director en persona una copa de lo más artística. Las personas, a medida que crecen, dejan de creer en "lados" o en Directores o en copas de lo más artísticas. Por lo demás, en lo concerniente a libros, es notoriamente difícil pegar etiquetas de mérito de modo que no se despeguen. ¿No son acaso las notas bibliográficas de literatura corriente una perpetua demostración de la dificultad de juzgar? "Este gran libro", "este libro nulo"; se aplican los dos nombres a un mismo libro. Elogio y vituperio nada significan. No, por delicioso que sea el pasatiempo de medir, es de todas las ocupaciones la más inútil, y someterse a los decretos de las mentes más servil de las actitudes. Escribir lo que uno quiere escribir, es lo único que importa, y que eso importe por siglos o por horas, es lo de menos. Pero sacrificar un pelo de la cabeza de su visión, un matiz de su color, para complacer a algún Director con una copa de plata en la mano, o a un profesor con una vara de medir en la manga, es la más abyecta traición, y el sacrificio de la fortuna y de la castidad que se consideraba el mayor de los desastres humanos, es en comparación una simple picadura de pulga. Pienso también, que ustedes pueden objetar que he concedido demasiada importancia a las cosas materiales. Aunque me dejen un generoso margen de simbolismo, — aunque resuelvan que quinientas libras al año significan el poder de la introspección, y una cerradura en la puerta el poder de pensar por uno mismo — pueden sin embargo decir que la inteligencia debe sobreponerse a esas cosas; y que los grandes poetas fueron, a menudo, hombres pobres. Permítanme citar las palabras de su propio Profesor de Literatura, que sabe más que yo los

elementos de que se hace un poeta. Sir Arthur Quiller-Couch escribe:

“¿Cuáles son los grandes nombres poéticos de los últimos cien años? Coleridge, Wordsworth, Byron, Shelley, Landor, Keats, Tennyson, Browning, Arnold, Morris, Rossetti, Swinburne — podemos detenernos ahí. Todos ellos, salvo Keats, Browning y Rossetti fueron universitarios; y de esos tres, el único que no tenía un pasar, fué Keats, que murió joven, tronchado en su plenitud. Suena brutal, y en efecto es triste decirlo: pero la teoría de que el genio poético sopla donde quiere, parejamente en ricos y pobres, tiene muy poco de verdad. De hecho, nueve de esos doce poetas eran universitarios; lo que quiere decir que de algún modo consiguieron la mejor educación que puede suministrar Inglaterra. De los tres restantes, bien saben ustedes que Browning era rico, y si no hubiera sido rico, no hubiera jamás escrito *Saul* o *El Anillo y el Libro*. (Tampoco Ruskin hubiera alcanzado a escribir *Pintores Modernos* si a su padre no le hubiera ido bien en negocios). Rossetti gozaba de una pequeña renta particular, y además, pintaba. Sólo nos queda Keats, a quien Atropos mató joven, como mató a John Clare en un manicomio, y a James Thomson con el láudano que tomaba para narcotizar su fracaso. Tales hechos son espantosos, pero encarémoslos. Por deshonroso que sea para nosotros como nación, es indudable que por algún defecto en nuestra república, el poeta pobre no tenía en aquellos días, y hace doscientos años que no tiene, la menor oportunidad. Créanme — y he dedicado buena parte de diez años a vigilar unas trescientas veinte escuelas elementales —, hablamos mucho de nuestra democracia, pero en el día de hoy, un chico pobre en Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podía tener el hijo de un esclavo ateniense”.

Imposible decir las cosas más claro. El poeta pobre no tenía en

aquellos días, y hace doscientos años que no tiene, la menor oportunidad... “un chico pobre en Inglaterra no tiene más posibilidad de alcanzar esa emancipación intelectual de la que nacen los grandes libros, que la que podía tener el hijo de un esclavo ateniense”. Así es. La independencia intelectual depende de cosas materiales. La poesía depende de la libertad intelectual. Y las mujeres han sido siempre pobres, no sólo por doscientos años, sino desde el principio del tiempo. Las mujeres han tenido menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. Las mujeres, por consiguiente, no han tenido la menor oportunidad de escribir poesía. He insistido tanto por eso en la necesidad de tener dinero y un cuarto propio.

Sin embargo, gracias a las fatigas de esas oscuras mujeres en el pasado, de las que desearía saber más, gracias (es bastante curioso) a dos guerras, la de Crimea que sacó a Florence Nightingale de su sala, y la Europea que abrió las puertas a la mujer común unos sesenta años después, esos males van en camino de mejorar. De otro modo, no estarían ustedes aquí esta noche, y su oportunidad (bastante precaria) de ganar quinientas libras al año, sería del todo imperceptible.

Pero, objetarán ustedes, a qué atribuir tanta importancia a la composición de libros por mujeres, cuando, según yo misma admito, requiere tanto esfuerzo, conduce tal vez a que uno asesine a su tía, hace con casi toda seguridad que uno llegue tarde a almorzar, y puede provocar discusiones graves con hombres muy simpáticos? Mis motivos, lo confieso, son en parte egoístas. Como la mayoría de las inglesas incultas, me gusta leer — me gusta leer libros en montón. Últimamente mi régimen ha sido algo monótono: la historia trata demasiado de guerras; la biografía, demasiado de grandes hombres; la poesía ha mostrado, me parece, una propensión a la esterilidad, y la novela — pero ya he destacado bastante mis incapacidades como crítica de la

literatura moderna y no diré una palabra más. Por eso les ruego que escriban toda clase de libros, por trivial o por vasto que sea el tema. Por las buenas o por las malas, espero que ustedes adquirirán bastante dinero para haraganear y viajar, para considerar el porvenir o el pasado del mundo, para soñar sobre los libros y demorarse en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se sumerja hondo en el río. Porque no quiero que se limiten a la novela. Si quieren complacerme — y hay miles como yo — escribirán libros de viaje y aventuras, de investigación y de erudición, de historia y biografía y crítica y filosofía y ciencia. Con todo eso, adelantarán el arte de la novela.

Porque los libros influyen unos en otros. La novela será mucho mejor si se codea con la filosofía y los versos. Además, basta considerar cualquier gran figura del pasado, como Safo, como la Murasaki, como Emilia Brontë, para ver que no es menos heredera que iniciadora, y que ha existido porque las mujeres ya estaban habituadas a escribir; de modo que hasta como preludeo de la poesía tal actividad de parte de ustedes, será de gran valor.

Pero al revisar estas notas y criticar mi propio tren de ideas cuando las escribí, hallo que mis motivos no fueron del todo egoístas. Corre a través de estas divagaciones y comentarios la convicción — ¿o será el instinto? — de que los buenos libros son deseables y de que los buenos escritores, aunque muestren todos los matices de la depravación, son, sin embargo, buenos seres humanos. Así, al pedirles que compongan más libros, les estoy pidiendo algo que será para su propio bien, y para bien del mundo. No sé de qué manera justificar esa fe o ese instinto, porque los términos filosóficos, — si uno carece de instrucción universitaria — suelen ser traicioneros. ¿Qué quiere decir “realidad”? Parecería que es algo muy imprevisible, muy capricho-

so: algo que puede estar en un camino polvoriento, o en un diario roto en la calle, o ser un narciso en el sol. Ilumina un grupo de gente en un cuarto y destaca un dicho casual. Nos anonada cuando regresamos a casa bajo las estrellas, y hace que sea más real el mundo silencioso que el mundo de la palabra — y ahí está de nuevo en un ómnibus y en el tumulto de Piccadilly. A veces, también, parece habitar formas demasiado distantes para que discernamos su naturaleza. Pero hace permanente y fija todo lo que toca. Es lo que queda cuando la cáscara del día ha sido arrojada por la borda; es lo que queda del tiempo que pasó y de nuestros odios y amores. El escritor, pienso, tiene la suerte de vivir más que los otros en presencia de esta realidad. Su oficio es descubrirla y juntarla y comunicarla a los otros. Así lo infiero al menos, de la lectura de *Lear* o *Emma* o *A la recherche du temps perdu*. Pues la lectura de esas obras parece practicar una curiosa operación en los sentidos: uno ve después con más intensidad; el mundo está como desnudo de su envoltura y dotado de más intensa vida. Hay las personas envidiables que viven enemistadas con la irrealidad; hay los dignos de lástima que están anonadados por lo hecho, sin conocimiento y sin comprensión. Así, cuando les pido que ganen dinero y tengan un cuarto propio, les estoy pidiendo que vivan en presencia de la realidad; una vida estimulante, parece, puédase o no comunicarla.

Aquí me detendría, pero una convención decreta que todo discurso debe acabar con una peroración. Y una peroración dirigida a mujeres debería contener algo, ustedes convendrán, particularmente idealista y sublime. Yo debería suplicarles que recordaran sus responsabilidades, que fueran más espirituales, más elevadas; yo debería recordarles cuánto depende de ustedes, y qué influencia pueden ejercer en el porvenir. Pero esas exhortaciones pueden dejarse sin mayor pe-

ligro al otro sexo, que las expondrá, o mejor dicho ya las ha expuesto, con mayor elocuencia que la que yo puedo suministrar. Al revolver mi propio espíritu no encuentro el sentimiento noble de que todos somos compañeras e iguales y debemos encaminar el mundo a fines más altos. Me encuentro diciendo breve y prosaicamente que lo más importante es ser una misma. Ni piensen en influir en otras personas, yo les diría, si supiera decirlo de un modo noble. Piensen en las cosas en sí.

Y hojeando diarios y novelas y biografías, recuerdo que cuando una mujer habla a otras mujeres, debe tener una intención muy desagradable. Las mujeres son duras con las mujeres. A las mujeres las mujeres les desagradan. Las mujeres — ¿pero no están hartas ustedes de esa palabra? Les aseguro que yo lo estoy. Convengamos, entonces, que una conferencia leída por una mujer a mujeres debe acabar de un modo particularmente desagradable.

¿Pero cómo proseguir? ¿de qué pensar? Lo cierto es que me suelen gustar las mujeres. Me gusta su falta de convencionalidad. Me gusta su entereza. Me gusta su anonimia. Me gusta — pero no debo soltarme de esta manera. Ese armario — ustedes dicen que está lleno de servilletas limpias ¿pero si Sir Archibald Bodkin estuviera oculto ahí adentro? Permítanme adoptar un tono más severo. ¿Les he comunicado con el necesario vigor las amonestaciones y la reprobación de los hombres? En todo caso, les he repetido el bajo concepto en que las tenía Mr. Oscar Browning. Les he indicado lo que Napoleón pensaba de ustedes y lo que piensa Mussolini. Además, por si alguna de ustedes piensa en hacer novelas, he copiado para su gobierno, aquella advertencia de un crítico sobre el convencimiento valeroso de las limitaciones de nuestro sexo. He aludido al profesor X y he destacado su afirmación de que la mujer es intelectual, moral y físicamente inferior al hombre. He transmitido todo lo que he encontrado sin ir a

buscarlo, y ahora les traigo una advertencia final — de Mr. John Langdon Davies. Mr. John Langdon Davies nos advierte “que cuando los niños dejan de ser del todo deseables, las mujeres dejan de ser del todo necesarias”. Espero que ustedes tomarán nota.

¿Cómo alentarlas de otro modo a encarar el riesgo de la vida? Señoritas, les diría yo, y escúchenme bien, pues la peroración ya empieza, en mi entender todas ustedes son vergonzosamente ignorantes. Jamás han descubierto nada que valga. Jamás han sacudido un imperio o capitaneado un ejército. Los dramas de Shakespeare no los escribieron ustedes, y nunca han introducido en un pueblo bárbaro los beneficios de la civilización. ¿Qué disculpa tienen? Ustedes argüirán, señalando las calles y las plazas y los bosques del mundo, repletos de habitantes negros y blancos y color café, atareados todos en el comercio, en las empresas y en el amor, que hemos tenido entre manos otra tarea. Sin ella, esos mares estarían sin navegar y esas tierras serían un páramo. Hemos concebido y criado y lavado y enseñado, tal vez hasta los seis o siete años, los mil seiscientos veintitrés millones de seres humanos, que ahora pueblan el mundo, según el atlas, y eso también toma su tiempo.

Es verdad lo que ustedes dicen — no lo discuto. Pero ¿me permitirán recordarles que desde 1866 hay a lo menos dos colegios para mujeres en Inglaterra; que desde 1880 la ley permite a la mujer casada el manejo de sus propios bienes; y que en 1919 — hace ya diez y siete años — le concedieron el voto? ¿Puedo recordarles también que hace casi diez años, les están abiertas la mayoría de las profesiones? Tomen en cuenta esos privilegios enormes y el tiempo que han estado gozando de ellos, y el hecho de que habrá en este momento unas dos mil mujeres capaces de ganar más de quinientas libras al año, y convendrán que ya no sirve para nada la excusa de falta de oportunidad,

preparación, estímulo, tiempo y dinero. Además, los economistas están diciéndonos que Mrs. Seton ha tenido demasiados hijos. Por supuesto, ustedes deben proseguir teniendo hijos, pero, según parece, de a dos o tres, no de a diez o de a doce.

Así, con algún tiempo disponible y algún recuerdo de lecturas en la cabeza — ya han aprendido bastante de otra manera, y sospecho que las mandan a la universidad, para que las deseduquen — ya pueden emprender otra etapa de su muy larga, muy trabajosa y altamente oscura carrera. Mil escritores abundan en sugerencias de lo que deben hacer y del efecto que tendrán. Mi propia sugerencia es algo fantástica; prefiero, por consiguiente, darle forma de fábula.

Les he dicho en el curso de esta conferencia que Shakespeare tenía una hermana; pero no la busquen en la auténtica biografía de Sir Sidney Lee. Murió joven — ay, nunca escribió una línea. Está sepultada donde ahora se paran los ómnibus, frente al Elefante y la Torre. Mi credo es que ese poeta que jamás escribió una línea y que yace en la enrucijada, vive todavía. Vive en ustedes y en mí y en muchas otras mujeres que no nos acompañan esta noche, porque están lavando los platos y acostando a los chicos. Pero vive, porque los grandes poetas no mueren: son presencias continuas; sólo precisan una oportunidad para andar entre nosotros de carne y hueso. Pienso que en breve, ustedes le podrán ofrecer esa oportunidad. Porque mi credo es que si perduramos un siglo o dos — hablo de la vida común que es la verdadera y no de las pequeñas vidas aisladas que vivimos como individuos — y tenemos quinientas libras al año y un cuarto propio; si nos adiestramos en la libertad y en el coraje de escribir exactamente lo que pensamos; si nos escapamos un poco de la sala común y vemos a los seres humanos no ya en su relación recíproca, sino en su relación a la realidad; si miramos los árboles y el cielo tales como son; si

miramos más allá del cuco de Milton, porque no hay ser humano que deba taparnos la vista; si encaramos el hecho (porque es un hecho) de que no hay brazo en que apoyarnos y de que andamos solas y de que estamos en el mundo de la realidad y no sólo en el mundo de los hombres y las mujeres, entonces la oportunidad surgirá y el poeta muerto que fué la hermana de Shakespeare se pondrá el cuerpo que tantas veces ha depuesto. Derivando su vida de las vidas desconocidas que la precedieron, como su hermano lo hizo antes que ella, habrá de nacer. Esperar que venga sin esa preparación, sin ese esfuerzo nuestro, sin esa resolución de que cuando renazca le será posible vivir y escribir su poesía, es del todo imposible. Pero sostengo que vendrá si trabajamos por ella y que vale la pena trabajar hasta en la oscuridad y en la medianía.

F I N

*VIRGINIA WOOLF*

# NOTAS

## PARA INICIAR UNA SECCION DE CRITICA DE ARTE

SUR nos encarga redactar su sección de crítica de arte. Nuestra disciplina moral, y principalmente nuestro amor al arte, nos obligan a ponernos en relación bien clara con quienes han de leernos, para avanzar confiadamente. Para nosotros no es crítica de arte la que se limita, por obligaciones profesionales, a comentarios sobre las exposiciones individuales y los salones oficiales, sino la que vive de los mismos afanes y conquistas de los artistas creadores, en una labor continua de clarificación y de colaboración con ellos. Por eso creemos necesaria la declaración que revele todo nuestro desdén por el mundo corrompido de la crítica que vive de todos los intereses y de todas las vanidades, no de la intimidad del arte. Que revele también todo nuestro desdén por el sistema de crítica que ha creado pacientemente, con verdadera alquimia hipócrita al servicio de la *facilonería*, toda nuestra fraseología montada sobre los zancos del bacilo adjetivo, con el resultado, no sólo de evadir espumosamente la responsabilidad crítica, sino hasta de falsificar el significado intrínseco de las palabras.

## DAR PRECISION A UNA DISCIPLINA NECESARIA

Ni por respeto a la mínima porción de hipocresía necesaria para vivir bien y en paz con todos, tan cara al tranquilo burgués que la vive por experiencia, ni al servicio de un equivocado amor a la masa, rebajaremos el nivel del arte para gozar los favores del nivel vulgar.

A las palabras les daremos la responsabilidad de su significado preciso; así no esquivaremos el dificultoso problema crítico que impone el arte en este período de continua e inteligente inquietud.

Nuestra unidad de medida será el metro de la sensibilidad y de la emotividad, pero sin abandonar las enseñanzas de la historia ni el recurrir a cada paso al parangón histórico.

Por eso nuestro lenguaje no será nunca *una pincelada de color musical* para expresar la emotividad de un color, y mucho menos diremos que una figura es *miguelangesca* para indicar que es expresiva y fuerte.

Nuestras convicciones sobre la pintura abstracta, sostenida por el orden geométrico, no tienen la pretensión de detener o desconocer la evolución de las artes figurativas, que podrá reservarnos todavía sorpresas; así como esas mismas convicciones pueden permitirnos admirar y comprender las corrientes de la intuición creadora de Picasso y Klee.

## SITUACIONES DE AMBIENTE DESFAVORABLES AL ARTE

La falta de una tradición reguladora en el campo espiritual permite toda una caótica exportación que se resuelve, en muchos casos, en un verdadero plagio inconsciente.

La falta, luego, de una estructura crítica de valor definido, deja invertebrado todo el importantísimo proceso de valoración y divulgación del arte, facilita todos los arbitrios de valoraciones erradas, crea dañosos individualismos, amarga y desalienta aun a los hombres mejores.

Ejemplo: el Salón Nacional y todas las exposiciones oficiales se convierten en una costumbre a fecha fija en vez de un campo de lucha y de emulación; se agotan cada año en una corrupción indecente, en que todo se mira bajo el aspecto de los premios, no del arte.

## OTROS FACTORES NEGATIVOS

La estructura política de la República, ligada a todos los intereses de un mundo extranjero que no ama al país sino en relación con las ganancias inmediatas, es un factor negativo para la vida espiritual, siempre necesitada de comprensión inteligente en sus raíces íntimas y profundas, estrechamente unidas al porvenir del país.

El factor negativo local, a que antes me referí, sumado a la reacción de la clase burguesa, turbada en todo el mundo por las verdades de las vanguardias desvía corrientes vitales de la actividad de artistas jóvenes (en nuestro caso, la sección de artes plásticas de la AIAPE), llevándolas a defender la libertad de la cultura con las armas plásticas, en vez de servirse solamente de armas organizadoras, con pleno daño del arte y de su intrínseca esencia revolucionaria.

En la historia, el arte social no es una novedad, y precisamente a la luz de estas experiencias nos permitimos juzgar la cuestión con serenidad. *El cuarto poder*, de Pelizza da Volpedo, célebre cuadro de asunto social, no premiado por los reaccionarios de la época a causa de su contenido, resulta hoy mucho menos revolucionario, y hasta demagógico, en comparación con el primer dibujo abstracto de Kandinski, que vivía ya entonces de la misma savia de que vive hoy la arquitectura racional.

La propia U.R.S.S. puede actualmente demostrar que, para no rebajar el significado de la Revolución, debe desarrollar el más alto plano cultural del mundo para elevar al pueblo hasta el punto en que pueda comprender aquel significado.

¿Quién es el joven que no condena el momentáneo error que hace construir el horrible Palacio del Soviet en un estilo que es mescolanza de Renacimiento y Liberty, descendiendo en busca del favor popular, y no exalta el lirismo del cemento armado, el vidrio y el acero en el Ministerio de las Pequeñas Industrias, que contrastaba con los gustos de las generaciones que hicieron la Revolución? Por eso lamentamos aquella grave traición al arte, aunque haya sido al servicio de ideas que son nuestra fascinante pasión.

¿Qué hace la crítica actual ante estos candentes problemas? Salvo algún artículo inteligente, como el que nos regala el segundo número de *Unidad* (*Esbozo*

de ubicación de Gómez Cornet, firmado por Leonardo Estarico), todo es tranquilo y de color de rosa.

La crítica de los grandes y de los pequeños diarios, como de las revistas en general, olvidadiza hasta de las lecciones del periódico de arte y crítica libre *Martín Fierro*, que nosotros, en cambio, releemos con placer, es netamente inferior a los problemas que se agitan en el campo del arte. Prolonga una posición crítica retórica y amorfa frente a los problemas vitales, sin parecer advertirlos, pensando tal vez en definir qué es más lírico: si una mariposa o una silla rota.

ATTILIO ROSSI

## ADOLFO BIOY CASARES: "LA ESTATUA CASERA"

Sospecho que un examen general de la literatura fantástica revelaría que es muy poco fantástica. He recorrido muchas Utopías — desde la epónima de More hasta *Brave new world* — y no he conocido una sola que rebase los límites caseros de la sátira o del sermón y que describa puntualmente un falso país, con su geografía, su historia, su religión, su idioma, su literatura, su música, su gobierno, su controversia matemática y filosófica... su enciclopedia, en fin; todo ello articulado y orgánico, por supuesto, y (me consta que soy muy exigente) sin alusión a los trabajos injustos que padeció el capitán de artillería Alfredo Dreyfus. De las novelas imaginativas de Wells (y aun de las de Swift) sabemos que hay en cada trama un solo elemento fantástico; de las 1001 Noches, que buena parte de su maravilla es involuntaria, ya que los egipcios del siglo trece creían en los talismanes y en los conjuros. En resumen: poco me asombraría que la Biblioteca Fantástica Universal no pasara de un tomo de Lewis Carroll, de un par de films

de Disney, de un poema de Coleridge y (por distracción del autor) de los *Opera omnia* de Manuel Gálvez.

El reciente libro de Bioy Casares empieza por una enérgica vindicación de los cuentos fantásticos. Su argumento (si lo interpreto bien) es de orden moral: le parece una cobardía la explicación, una deshonra no inferior a la de quienes acumulan rarezas y acaban por declarar que se despertaron “y que todo era un sueño”. De acuerdo, pero nuestro resentimiento ante ese recurso no es de índole moral: es su grosera facilidad lo que nos repugna. Otra cosa es la puntual justificación de hechos al parecer irreducibles: cf. G. K. Chesterton.

Paso a lo fundamental de este libro de Bioy Casares — y de todos sus libros. Su voluntaria y cuidadosa incoherencia — ¿me atreveré a decirlo? — me impresiona menos que sus ocasionales desahogos autobiográficos, que su nihilismo criollo. En el capítulo *Una plaza y dos parques*, Adolfo Bioy juega a las greguerías. Juega muy bien, pero es un juego que otros pueden jugar. (Un juego, en mi opinión, más adecuado a la literatura oral que a la escrita. Las muchachas inteligentes de Buenos Aires hablan en greguerías). Considero, en cambio, una página como *Alrededor de la muerte*. Su veracidad, su música, su temblor, su desesperación minuciosa, son admirables.

Traficar en consejos y en profecías es peligroso, cuando no impertinente, pero yo creo percibir en la terrible lucidez de esa página la voz fundamental — y futura — del escritor. Entiendo que en *La vida múltiple de Juan Ruteno*, los capítulos mejores son asimismo los que se parecen más a la realidad. Verbigracia: la evocación del verano denigrante de Buenos Aires.

Que yo sepa, nadie resiente como Bioy la inestabilidad de la vida, sus muchas grietas de entresueño y de muerte.

JORGE LUIS BORGES

## LOS TOMATES Y LA LUNA

En un artículo de Victoria Ocampo, “Domingos en Hyde Park”, (1) donde se hace una reseña fina y sabrosa, — como cierta salsa para espárragos — sobre el libro de Rom Landau, “God is my aventure”, encontré con esa alegre sorpresa que provoca toda pregunta difícil cuya respuesta se conoce, una graciosa interrogación:

“¿Por qué no han de estar relacionados los tomates y la luna?”

La pregunta de Victoria Ocampo se justificaba en un párrafo precedente, alusivo a un especial método de cultivos vegetales practicado, — no inventado o descubierto — por un ocultista alemán Rudolph Steiner. Rom Landau visitó su casa y, — dice V. O., — “le mostraron unos tomates de gran tamaño y otros mucho más chicos. La razón de esa disparidad provenía, — explicó el propietario — de que los tomates grandes habían sido sembrados exactamente cuarenta y ocho horas antes de la luna llena, de acuerdo con las indicaciones de Steiner mientras que los otros habían sido sembrados en cualquier momento.” Victoria Ocampo cree que ello, “no tiene nada de sorprendente” y a fe que está en lo cierto. No sólo para los ocultistas, sino para los astrólogos que no lo son, para los agrónomos y los botánicos, para los especialistas en genética, la Luna tiene una influencia indiscutida en el nacimiento y desarrollo de las especies vegetales.

Esto lo sabían los astrólogos egipcios y caldeos de hace miles de años y la novedad, rechazada por los científicos de hoy, aunque felizmente admitida por los científicos, goza de una envidiable vejez. La luna, fecundante, fertilizante y tónica, según los momentos de sus fases, tiene lo mismo que toda mujer, sus momentos felices y fructíferos y sus horas de estéril infortunio. No en vano hay entre ella y ellas una complicada relación que empieza por la identidad del ciclo de veinte y ocho días...

Pero, por fácil extensión, el tema nos llevaría a sitios muy alejados del lugar donde deben crecer las legumbres o las hortalizas lunarias. Todos los agricultores del planeta, — sin excepción — toman en cuenta el estado de la Luna para efectuar sus siembras, para hacer las distintas operaciones de cultivo, e inclusive, para

(1) SUB, N° 15, febrero de 1935.

recoger sus cosechas. En algunos pueblos de España, las uvas se cortan y permanecen frescas durante varios meses, empleando métodos de conservación absolutamente primitivos. No se conoce el "frigidaire", por supuesto. Y los campesinos sólo saben que es menester cortarlas en determinado momento lunar. De lo contrario, se pierden a los pocos días. Los ingleses y los alemanes, más prácticos y estudiosos, han resuelto el problema en forma ordenada y expeditiva. Como saben que además de la Luna, también operan los demás planetas sobre los cuerpos vegetales y la múltiple influencia, en cualquier sentido, se produce de acuerdo con los distintos aspectos o posiciones que formen los planetas entre sí, preparan anualmente un almanaque astrológico para los agricultores con datos e indicaciones absolutamente precisas, dando los "mejores tiempos" que convienen a los cultivos vegetales:

Extraigo de la guía correspondiente a 1934, pues no tengo a mano la de este año:

"In all gardening and farming, planting and sowing, the following times are the best."

De la detallada explicación para cada mes, tomo una al azar:

"February. — 14th and 15th, 7.30 to 8.10 a. m., 9.20 a 10 a. m.; 19th and 20th, 7.10 a 7.50 a. m., 9 a 9.50 a. m. NOON, to 2.20 p. m.; 24th and 25th, 7 a 7.30 a. m., 8.45 to 9.40 a. m., 11.45 to 2.13 p. m."

Y luego, después de explicar el "work on the farm", se consignan los trabajos en el jardín que se realizarán en los momentos astrales recién señalados:

"In open weather trench and ridge up all vacant ground. Earth up winter greens. Sow early beans. Plant potatoes under a south wall or in sheltered situation for an early crop. Sow a little spinach, some parsnips, radish, hardy lettuce, cabbage, and persley on warm slopes. Sow peas the first favourable opportunity. Put large onions in the ground for seed. Carrots may be sown in warm situations. Sow small patches of seed for transplanting. Prune apricots, peaches, nectarines, and plums also apples, cherries, etc. Plant evergreens, shurbs, and rose trees, that have been neglected. Strike dahlia roots and sow tender plant seeds on hot beds. Keep calceolarias, geraniums, and soft-wood plants lighth and warm. Prune and tie raspberries. In the fruit garden clean wall trees and nail firmly."

Faltan en el ejemplo que cito los tomates del tema, pero pueden ser nutritivamente substituídos con las papas, las espinacas, las lechugas, las coles, decorando el conjunto con el helénico perejil. Todo eso, plantado y sembrado y cuidado en las horas preferidas no habrá defraudado al agricultor inglés. Si éste era astrólogo, sabría además que el día 14, a las 7.26, iniciábase la Luna nueva; que el 19, la Luna tenía un magnífico trígono con Neptuno y que estaba a 60° de Marte y que el día 24 había cambiado su posición, colocándose a 120° de Marte y en sextil con Neptuno.

La técnica agrícola astrológica es casi infalible. Todo ha sido estudiado y la labor del vigilador de los astros no es otra que la de establecer, *astronómicamente*, las posiciones planetarias correspondientes a las distintas fechas. Claro está que también puede llegarse a un verdadero “estilismo” consistente no sólo en plantar el tomate a tal hora y edad de la Luna, sino en buscar el influjo del que sea planeta o constelación regente del tomate. No se crea que esto es una “boutade”. Lo mismo que a los países y a los hombres y a los animales, la astrología ha clasificado a las plantas. La alhucema y el lirio del Valle están regidos por mercurio; la Luna influye sobre la lechuga y el trébol; la violeta y la verbena son venusinas, — de ahí sus propiedades amorosas en diferentes estados psico-físicos; — la violenta mostaza es de Marte, la almendra, solar y el acónito y el amaranto, saturninos.

Por ello los almanaques agro-astrológicos consignan también los tiempos más favorables para recoger las hierbas medicinales bajo ciertos planetas, aprovechando el momento en que las plantas reciban su máxima influencia. Un estimulante té de “peppermint”, — hierba de Venus — habrá tenido virtudes efectivas si las hojas fueron recogidas el 17 de enero a las 11.40 a. m. (sigo tomando ejemplos de 1934, hora inglesa) o el 6 de noviembre a las 22.55 horas. A recolección diferente, té parecido, pero menos virtud.

Podría multiplicar los ejemplos. Llevándolos a otros terrenos, la astrología señala las épocas, — días y horas, — mejores para la cubrición o castración de los animales, para la preparación de incubadoras. En la campaña argentina, ningún paisano pondrá nido a una clueca sin fijarse en la Luna. Y aunque el terreno es algo escabroso, recordaré que Xul Solar es partidario de que las relaciones de amor, en todos sus grados y manifestaciones, especialmente en las de

índole sexual, se efectúen a horas planetarias favorables. El amador también realiza una a modo de siembra. Y la influencia astral, siguiendo el caso de los tomates, se “explica” en las “inexplicables” diferencias físicas que hay a veces entre varios hijos de unos mismos padres, o en las inesperadas fecundaciones que se producen cuando se trata de mujeres presuntiva o accidentalmente estériles.

La afirmación de estas cosas causará cierta sonrisa despectiva en esos sabihondos que sólo aceptan una ciencia ajustada a su insuficiencia. Pero por fortuna, para quienes saben que la inteligencia humana apenas ha entreabierto las puertas del ser y del existir, lo mismo que para Victoria Ocampo, estas cosas “no tienen nada de sorprendente.”

*LISARDO ZIA*

# HEMOS RECIBIDO

- La justicia*, por Alfredo Colmo, (Ediciones de la Comisión de Homenaje), Buenos Aires, 1936.
- Construcción de Buenos Aires*, por Horacio A. Schiavo, Buenos Aires, 1936.
- Sur l'art de la vie*, por el Conde de Keyserling. Librairie Stock, París, 1936.
- Terror*, por Víctor Juan Guillot. Editorial "Claridad", 1935.
- La aventura del hombre*, por Víctor Juan Guillot. Editorial "Claridad", 1935.
- Hombres de la organización nacional* (Retratos literarios). Primera serie, Buenos Aires, 1936.
- Baladas del corazón cercano*, por Sarah Bollo. Montevideo, 1935.
- María Josefina de los Angeles*, por Augusto González Castro. Buenos Aires, 1935.
- Gramilla serrana*, por Celia de Diego. Buenos Aires, 1935.
- La mañana*, por Fernando Gilardi. Buenos Aires, 1935.
- Ensayos sobre temas edilicios*, por Alfredo French. Buenos Aires, 1931.
- Veleros de tréboles*, por Amanda Amunátegui. "Editorial Nacimiento", Santiago de Chile, 1935.
- Tumulto*, por José Portogalo. Ediciones "Imán", Buenos Aires, 1935.
- Crítica nuestra*, por Juan Carlos Goti Aguilar. Buenos Aires, 1935.
- Riscos*, por J. A. González Pabrizi. Caracas, Venezuela, 1935.
- Trenes al infinito*, por Arturo Beruti Tobal. Buenos Aires, 1935.
- La flecha invisible*, por Francisco Suaiter Martínez. Buenos Aires, 1935.
- A media voz*, por Josefina Lerena Acevedo de Blixen. Montevideo, 1934.
- Ser o no ser*, por Celestino Gorostiza. México, 1935.
- Yunque de fuego*, por Vicente Noguera. Madrid.
- La magia de Leonardo de Vinci*, por Santiago Argüello. Guatemala, 1935.

- Mi mensaje a la juventud y otras orientaciones*, por Santiago Argüello. Guatemala, 1935.
- El libro de los apólogos*, por Santiago Argüello. Guatemala, 1935.
- Estrofas*, por V. Almandos Almonacid. Buenos Aires, 1934.
- Joan Garin e Satanás*, por Arturo Capdevila. Barcelona, 1935.
- El romance de Federico*, por Elías Carpena. Buenos Aires, 1935.
- Vida de Ramón*, por Miguel Pérez Ferrero. Ediciones "Cruz y Raya", Madrid, 1935.
- Los muertos, las muertas, y otras fantasmagorías*, por Ramón Gómez de la Serna. Ediciones "Cruz y Raya", Madrid, 1935.
- El Greco*, por Ramón Gómez de la Serna. Madrid, 1935.
- Río de sombra*, por Elías Nandino. Imprenta Mundial, México, D. F., 1935.
- Voltaire*, por André Maurois. "N R F", París, 1935.
- Position politique du surrealisme*, por André Breton. "Editions du Sagitaire", París, 1935.
- Estampas de argentinos*, por Carlos Ibarguren. "La Facultad", Buenos Aires, 1935.
- Para matar el gusano*, por José Rafael Bustamante. Quito, 1935.
- Max, la maravilla del mundo*, por Arturo Cambours Ocampo. "Editorial Tor", Buenos Aires, 1935.
- El maestro Ramón Melgar*, por Federico Bardi, Buenos Aires, 1935.
- Los orígenes hispánicos del pueblo judío*, por O. de Lubiez Milocz. Traducción de Lisandro Z. D. Galtier. Buenos Aires, 1935.
- El libro de las estrellas y el romance de la Calaguala*, por Gonzalo Gervasio Muñoz Montoro. Buenos Aires, 1935.

## FOLLETOS

- "Boletín de Poesía" N° 1. Mendoza, Rep. Argentina, 1935.
- Guía bibliográfica de la historia de México* (Epoca precortesiana) 1. Ediciones de "El Libro y el Pueblo", México, 1935.

- Desagravio al lenguaje de Martín Fierro*, (Folletos Lenguaraces N° 16), por Vicente Rossi. Río de la Plata, 1935.
- Poesía en profundidad*, por Alberto Rougés. Buenos Aires, 1935.
- Consideraciones sobre "El pozo de balde"*, por F. Gorriti. Buenos Aires, 1933.
- Nuevas perspectivas en radio*, por Leopoldo Stokowski (traducción de Carlos Chavez) Ediciones de NUMERO, revista literaria de Guillermo Jiménez, México, 1935.
- Índice literario*, Año IV, Nos. IX y X. Archivos de Literatura Contemporánea, Madrid, 1935.
- Lune de Cendre*, por E. Anderson Imbert, "La Revue Argentine", París, 1935.
- La vida espiritual en Sudamérica*, por Karl Vossler (Colección de Estudios Estilísticos, Anejo 1) Buenos Aires, 1936. Instituto de Filología.

## REVISTAS

- Atenea*, Universidad de Concepción (Chile), Tomo XXXI, Nos. 122, 123, 124.
- Universidad de la Habana*, Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10. La Habana, Cuba.
- Cruz y Raya*, Nos. 30, 31, 32, 33, 34, Madrid.
- Die Auslele*, Nov. 1935, N° 11.
- Carácter*, Nos. 2 y 3. Buenos Aires.
- América*, Nos. 60 y 61. Quito, Ecuador.
- Pologne Littéraire*, Nos. 106 y 110. Varsovia.
- Lcviatán*, Nos. 19 y 20. Madrid.
- Repertorio Americano*, Tomo XXXI, Nos. 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10. San José de Costa Rica.
- Hispania*, (The american association of teachers of Spanish) Volumen VIII, N° 4 (Diciembre).
- Universidad de Antioquia*, N° 5. Medellín, Colombia.
- Revista Hispánica Moderna*, año II, N° 1. Madrid.

- Seiva*, N° 6. Sao Paulo, Brasil.
- Liberación*, año I, Nos. 1, 2, 3, 4. San José de Costa Rica.
- Don Lunes*, San José de Costa Rica.
- Searanova*, año XIV, Lisboa.
- The Criterion*, volumen XV, N° LIX, Londres.
- Boletín de la Unión Panamericana*, Enero de 1935. Wáshington.
- Ibero Amerikanisches Archiv*, Octubre de 1935, Berlín.
- Cursos y Conferencias* (Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores), año IV, Nos. 9, 10, Buenos Aires.
- Evolución*, año II, N° 8, enero de 1936. Buenos Aires.
- Revista Cubana*, Vol. VII, N° 71. La Habana, Cuba.
- El maestro rural*, Tomo VII, N° 11. México, D. F.
- Il Milione*, Nov.-Dic., 1935. Milán.
- Norte*, año 1, Nos. 7 y 8. Buenos Aires.
- Mercurio Musical*, Año V, N° 58, Buenos Aires.
- Tierra Firme*, N° 4, Madrid.
- Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras*, Nos. 1 y 2, Madrid.
- Hoja Literaria*, N° 2, Barcelona.
- La Literatura Argentina*, año VII, N° 84. Buenos Aires.
- Sístole*, N° 5. Quito, Ecuador.
- Universidad* (Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral) N° 1, 1935.
- La Nueva Democracia*, Febrero de 1936. Nueva York.
- L'Ordre Nouveau*, N° 27. París.
- Gaceta de Arte*, Octubre 1935. Tenerife.
- Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Nos. 1 al 12. Buenos Aires.
- Cultura Nacional*, Nos. 11 y 12. Caracas, Venezuela.
- Commune*, Febrero de 1936. París.
- Anales de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, Julio de 1935.
- El País* (escaparate de libros), Córdoba.
- El Argentino* (Página de literatura). La Plata.

## INDICE

	<u>Pág.</u>
Palabras sobre SUR, por <i>Waldo Frank</i> .....	7
Beethoven, por <i>Igor Strawinsky</i> .....	9
Fragmentos de Franz Kafka, por <i>Eduardo Mallea</i> .....	20
Ideas a la sordina, por <i>Alberto Sartoris</i> .....	29
Tríptico a Stephane Mallarmé, por <i>Vicente Huidobro</i> ...	39
Un cuarto propio (conclusión), por <i>Virginia Woolf</i> ....	46

## NOTAS

Para iniciar una sección de crítica, por <i>Attilio Rossi</i> ....	82
“La estatua casera”, por <i>Jorge Luis Borges</i> .....	85
Los tomates y la luna, por <i>Lisardo Zía</i> .....	87

*Todos los materiales han sido exclusivamente escritos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial o sin mencionar su procedencia.*

*Todas las colaboraciones que no llevan al pie indicación alguna respecto al lugar de donde proceden, han sido escritas en Buenos Aires.*

*Los originales deben ser enviados a la Dirección: Viamonte 548.*

ESTE DECIMOCTAVO NUMERO DE SUR SE ACABO  
DE IMPRIMIR EN MARZO DE 1936, EN  
LOS TALLERES GRAFICOS DE LA  
IMPRESA LOPEZ, PERU 666,  
BUENOS AIRES

